

# POLITICA Y ESPIRITU

Nº  
77

## SUMARIO

- SIGNIFICADO DE LA ELECCION.  
SOBRE UN ENSAYO DE DEFENSA DEL  
CAPITALISMO, por *Jaime Castillo Ve-*  
*lasco*.
- EL MOVIMIENTO DEMOCRATA CRIS-  
TIANO EN LA EUROPA OCCIDEN-  
TAL: ITALIA.
- LA REVOLUCION COMUNITARIA, por  
*Jacques Chonchol*.
- POLITICA NACIONAL: La Elección Pre-  
sidencial. — Crisis del Régimen Partidista  
chileno. — El Futuro.
- POLITICA INTERNACIONAL: Tonybee  
querría votar en U.S.A.— La opción re-  
publicana.—Los republicanos y la defen-  
sa periférica.—Hasta sus antiguas fronte-  
ras.—La última proposición rusa.
- ESTE MUNDO DE HOY: La derrota del fan-  
atismo.—La renovación de los partidos.  
— Sobre la independencia del político.—  
Un aporte a la fundamentación del So-  
cial-Cristianismo.
- LOS LIBROS: "El Cristo de Espaldas", de  
*Eduardo Caballero Calderón*.—"La Mar-  
cha de Moscovia", de *Harold Lamb*.
- DOCUMENTOS: LA ELECCION: CONDE-  
NACION DE UNA POLITICA, discurso  
del Senador don Radomiro Tomic.

AÑO  
VIII

3957

15 de SEPTIEMBRE de 1952

## NOVEDADES Y REPOSICIONES

RICARDO CRUZ COKE, "Geografía Electoral de Chile" .....	\$ 150.-
CARLOS A. VIAL, "Cuaderno de Comprensión Social" y "Cuaderno de la Realidad Nacional", 2 volúmenes .....	220.-
JULIO C. JOBET, "Ensayo Crítico del Desarrollo Económico-Social de Chile" .....	70.-
VICTOR GAZITUA NAVARRETE, "Economía Política" .....	370.-
MORRIS M. ASSAEL, "La Reforma del Código Civil" .....	290.-
M. R. LOWE, "En Misión Proletaria" .....	105.-
JUAN R. SEPICH, "Introducción a la Etica" .....	240.-
M. GARCIA MORENTE, "Lecciones Preliminares de Filosofía" (5ª Ed.) .....	200.-
LUIS JUAN GUERRERO, "Psicología" .....	160.-
JOSE FROBES, "Tratado de Psicología Empírica y Experimental", 2 tomos .....	875.-
H. FLECKENSTEIN, "Personalidad y Enfermedad" .....	175.-
FRANZ KAFKA, "El Proceso" (versión escénica de André Gide y Jean Louis Barrault) .....	160.-
Q. ESTOP, "Las Teorías Existencialistas ante la Razón y la Conciencia humana" .....	50.-
T. S. ELIOT, "Poesía y Drama" .....	64.-
CAMILO JOSE CELA, "La Familia de Pascual Duarte", (2ª Ed.) .....	105.-
CAMILO JOSE CELA, "La Colmena" .....	112.-
LLOYD C. DOUGLAS, "El Manto Sagrado" .....	192.-
THOMAS MERTON, "Semillas de Contemplación" .....	120.-
CAMILO M. CIANFARRA, "El Vaticano y el Kremlin" .....	160.-
M. J. SCHEEBEN, "Los Misterios del Cristianismo", 2 tomos .....	750.-
I. SCHUSTER y J. B. HOLZAMER, "Historia Bíblica" (Antiguo y Nuevo Testamento), 2 tomos .....	1.120.-
L. EISENHOFER, "Compendio de Liturgia Católica" .....	240.-
FRANCISCO CHARMOT, "La Cabeza Bien Formada" .....	49.-
WILHELM DILTHEY, "Historia de la Filosofía" (Breviario F. C. E.) .....	185.-
E. C. TITCHMARSH, "Esquema de la Matemática Actual", Id. .....	100.-
J. WAHL, "Introducción a la Filosofía", Id. .....	185.-
L. CARRINGTON G., "Historia del Pueblo Chino", Id. .....	185.-
G. BATY y R. CHAVANCE, "El Arte Teatral", Id. .....	185.-
JOHANES PFEIFFER, "La Poesía", Id. .....	100.-
HAROLD LAMB, "La Marcha de Moscovia" .....	176.-
A. KOESTLER, "Escoria de la Tierra" .....	128.-
MIGUEL LUIS AMUNATEGUI, "Ignacio Domeyko" .....	130.-
Dr. CARLOS CHARLIN, "La Crisis Espiritual de la Medicina" .....	80.-
RAFAEL ALTAMIRA, "Manual de Historia de España" .....	640.-
WILL DURANT, "César y Cristo", 2 tomos .....	1.280.-



# LIBRERÍA DEL PACÍFICO

Ahumada 57 - Teléfono 89166 - Casilla 3126 - Santiago  
Esmeralda 1068 - Teléfono 6212 - Casilla 670 - Valparaíso

DESPACHOS CONTRA-REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

# POLITICA Y ESPIRITU

Los hechos y las ideas

Revista Quincenal

AÑO VIII

Núm. 77

15 de Septiembre de 1952

## INDICE

	Págs.
Significado de la Elección .....	1
Sobre un Ensayo de Defensa del Capitalismo, por Jaime Cas- tillo Velasco .....	3
El Movimiento Demócrata Cris- tiano en la Europa Occiden- tal .....	6
La Revolución Comunitaria, por Jacques Chonchol .....	11
Política Nacional .....	16
Política Internacional .....	20
Este Mundo de Hoy .....	25
Los Libros .....	27
Documentos: La Elección: Con- denación de una Política, dis- curso de Radomiro Tomic....	30

ADMINISTRACION - REDACCION  
Ahumada 57, Tel. 85011, Casilla 3126  
Santiago de Chile

### DIRECTOR:

Andrés Santa Cruz Serrano

### SUBDIRECTOR:

Alejandro Magnet Paguey

### REDACTOR-JEFE:

Jaime Castillo Velasco

Valor de la suscripción a 24 núme-  
ros: Chile, \$ 330.— Extranjero:  
US\$ 3.50.— Las suscripciones deben  
solicitarse a EDITORIAL DEL PA-  
CÍFICO S. A., Casilla 3126.—Santiago  
de Chile. Impreso en Talleres de  
la Editorial del Pacífico S. A.,  
San Francisco 116

## SIGNIFICADO DE LA ELECCION

La elección presidencial, realizada bajo un manto de aparente tranquilidad, tiene un significado profundo. No es exagerado pensar que representa en la historia política de Chile un hecho de mayor alcance que la efectuada en el año 1938. En esa ocasión una combinación reemplazó a otra; hoy, todas las combinaciones políticas fueron desplazadas y el pueblo buscó una fórmula al margen de la organización política tradicional.

¿Cuáles son las causas que produjeron estos resultados? Muchas y complejas que sería prematuro querer analizar en toda su importancia y alcance. El pueblo votó en contra del Gobierno que termina y fundamentalmente contra la gestión del Presidente de la República, sin línea, ni dirección alguna, en la cual cupieron desde comunistas hasta tradicionalistas; votó contra los partidos políticos en general y contra el Partido Radical, cuya crisis se reveló profunda pues se manifestó en sus propias filas que no respondieron a su candidato; el pueblo votó en contra de lo que estimaba corrupción política creciente; predominio partidista en la elección de los cargos administrativos y protección del correligionario antes que garantía al ciudadano común. Votó contra los que cifraban más su éxito en el "empeño", que en el mérito. Votó contra la ineficacia del burocratismo.

Muchos que no votaron por el señor Ibáñez, veían la profundidad de estos males que estaban corroyendo nuestro sistema político pero buscaban por otros caminos su rectificación en la confianza de obtener una corrección por procedimientos normales. El pueblo no pensó así y quiso a través de un hombre manifestar su descontento y quebrar en forma violenta un proceso que lo disgustaba profundamente.

Otro factor indudable de cansancio fue la crisis de autoridad. El país ha vivido en este último tiempo dentro del sistema del chantaje: si no me dan lo que pido, no produzco; si no me alzan los salarios y los sueldos en la forma que exijo, no trabajo. Y era tan débil la base política de la autoridad, que era necesario acceder aunque se supiera que muchos pedían en forma desmedida y hasta en desmedro de otros sectores más pauperizados, que carecían de organización o sin la oportunidad de poner el revólver al pecho del gobernante, que siempre terminaba cediendo a una presión poderosa.

Sin embargo, actuaba en el país una causa aún más honda: la inflación y sus consecuencias: inestabilidad, carestía, escasez, inmoralidad.

El pueblo no percibió los beneficios de la industrialización, que se tradujo en acero, plantas hidroeléctricas, una fundición de minerales y ensayos, no plenamente logrados, en petróleo.

Pero este progreso no se realizó sobre la sólida base

de una capitalización formada por el ahorro y el esfuerzo, sino en un desplazamiento de la actividad nacional que se acumuló sobre un punto de acción; y en cambio, se debilitaron la agricultura, el transporte y los equipos de la industria privada. Y, como consecuencia de ello, la gran masa no aprovechó con plenitud el beneficio de las nuevas creaciones industriales y, en cambio, sufrió agudamente la escasez de los artículos esenciales, que golpeaba en cada hogar.

La espiral trágica de sueldos, salarios y precios, que denunciáramos tantas veces, comprometió todo nuestro organismo económico y empobreció en definitiva a la gran masa de asalariados, con la excepción de algunos sectores de empleados y obreros privilegiados. Sólo se benefició con la inflación un sector formado en lo fundamental por el gran comercio, desarrollado en los últimos años.

El progreso social tampoco se realizó sobre la base de una disminución de los ingresos por rentas y utilidades. Sólo se fundó en un debilitamiento de la moneda y en una artificial distribución de billetes cada vez más deprecitados. Este proceso inflacionista, que no podía favorecer la justicia social, tampoco favoreció la capitalización y es así como todo nuestro proceso productivo sufre una crisis profunda, ya que las empresas privadas han repartido capital en forma de rentas, pues nadie quería sacrificar su standard de vida. Se quería realizar el lema de la derecha de aumentar la producción sólo sobre la base de sacrificar al trabajo, y éste, en algunos sectores, quería mejorar no a través de un aumento efectivo de la riqueza nacional sino a expensas de otros grupos que han sido los grandes sacrificados.

Todo esto llevó al país a una situación de descontento, de amargura, de vehemente deseo de un cambio. Así ha quedado plenamente de manifiesto y ha caído la venda que cubrió tantos ojos, incluso de algunos que debíamos haber visto. Nuestra aspiración de que esto cambiara mediante una superación interna en los partidos, no alcanzó a realizarse.

Hoy asume el poder el señor Ibáñez como depositario de una confianza como tal vez no ha tenido nunca otro Mandatario. En elecciones libres y en ejercicio pleno de la democracia, ha obtenido una suma de sufragios, significativa de un amplio respaldo del pueblo. Para los demócratas de verdad esto es inobjetable.

Tiene por delante una dura tarea, variados problemas, difíciles tiempos; y, lo que es más grave, desmesuradas esperanzas. No cuenta con organizaciones que lo respalden y el triunfo es eminentemente personal. Es patriótico desearle pleno éxito en su tarea.

Para los que inspiran su acción en la idea social-cristiana se abre un ancho campo a la reflexión, pues, nos aguarda una perspectiva de trascendencia.

La lección recibida revela, en último término, la vitalidad substancial del pueblo y nos obliga a pensar que si se permanece fiel a una doctrina y se apela a las reservas morales, habrá siempre una respuesta. Ni el cohecho, ni la maquinaria administrativa, ni la propaganda son hoy elementos decisivos: hay una conciencia vigilante que es la que, en definitiva, da su veredicto.

Las ideas que siempre hemos sostenido continúan vigentes, hoy más que ayer, y su servicio es también en estos momentos más urgente.

Este cambio histórico debe ser enfrentado con independencia y serenidad. El juicio sobre él, se dará en definitiva conforme a normas que están por encima del éxito y del fracaso. A ellas debe ajustarse nuestra conducta política.

# SOBRE UN ENSAYO DE DEFENSA DEL CAPITALISMO

por Jaime CASTILLO VELASCO

*El conocido político y economista señor Héctor Rodríguez de la Sotta acaba de publicar un libro cuya significación no puede ocultarse. Su título define muy bien los propósitos del autor: "O Capitalismo o Comunismo". En esta época de luchas doctrinarias entre las corrientes que procuran expresar los valores capitales del Cristianismo, parece conveniente hacer un esfuerzo por esclarecer los problemas y dificultades a que el señor Rodríguez alude.*

*Hemos considerado útil, proporcionar a los lectores de "Política y Espíritu" un análisis de esa obra. Se advertirá sobre todo que ella es un ejemplo acabado de una cierta mentalidad social. Este carácter es justamente el que da un significado fundamental al trabajo del senador tradicionalista.*

## I.—¿ECONOMISTA CLASICO O CREYENTE CATOLICO?

El autor afirma que hablará "como católico y para católicos". Esto significa que parte de una concepción religiosa y que pretende convencer a hombres que la poseen. Pero, sin duda, también él mismo se enorgullece de escribir en su calidad de economista de la escuela clásica (p. 16). La dualidad de puntos de vista se hace manifiesta a cada paso. Cuando el autor recurre al Evangelio, a las Encíclicas, a Santo Tomás de Aquino, aparece el católico. En cambio, cuando dice, por ejemplo, que "las leyes naturales no esperan la ley positiva para regir el orden económico" (p. 233) o cuando nos afirma que es ineludible "mantener en condiciones de sub-consumo a una gran parte de la población" (p. 255) o, por último, cuando agrega que "todo intento de nivelación es estéril y toda redistribución de la riqueza, transitoria" (p. 292), entonces habla el economista individualista y amoral, para quien la voluntad y la solidaridad humanas no tienen nada que hacer en un mundo sometido a las ciegas leyes naturales. El lector encontrará, en ese dualismo inconsciente, la razón por la cual el señor Rodríguez acomete la inmensa tarea de probar que el Evangelio de Jesús de Nazaret coincide con un régimen social incapaz de sacar del sub consumo a "una gran parte de la población".

A nuestro juicio, el conflicto entre el "economista" y el "católico" es ineludible. La Economía escogida por el autor es precisamente aquella que los cristianos llaman individualista y liberal. Creemos que si la Economía Política es lo que el señor Rodríguez piensa, él debería dejar la fé religiosa en que se afirma; pero, si la moral y los actos humanos forman parte de la rea-

lidad, entonces los principios del autor constituyen una falsa ciencia económica.

¿Cuáles son, a todo esto, los objetivos del señor Rodríguez? Creemos poder resumirlos en la forma que sigue:

Probar que las condiciones vigentes bajo el capitalismo son las mejores posibles.

Acreditar que la doctrina social de la Iglesia Católica coincide con el capitalismo tradicional y con el actual.

Probar asimismo que toda alteración de la estructura del capitalismo va contra las verdades fundamentales sostenidas por la filosofía cristiana.

Demostrar que los ataques a la injusticia del sistema capitalista se apoyan en un sentimentalismo o un moralismo superficiales y ajenos a la realidad.

Formular un llamado a la Iglesia para que remedie las discrepancias producidas entre los cristianos, "mediante una drástica y pronta intervención" (p. 224).

Son éstas las cuestiones que quisiéramos aquí debatir.

## II.—DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO O UN SIMPLE "QUID PRO QUO".

El señor Rodríguez empieza por ubicar su problema. Desea enfocar la gran encrucijada contemporánea bajo una fórmula que la caracterice con justeza. Varias se le ofrecen: o socialismo o liberalismo, o democracia o despotismo, o cristianismo o comunismo, o capitalismo o comunismo. Todas ellas podrían servir para su objeto, pero una sobretodo parece ser mejor, más "realista e inobjetable": la última de las nombradas. En efecto, las otras supondrían puntos de vista religiosos, filosóficos o políticos que darían lugar

a mayores discrepancias. Sobre el dilema "comunismo o cristianismo" dice lo siguiente:

"Indudablemente que para un cristiano es la fórmula ideal, la verdadera "tesis". Pero, perdida la unidad de la fé, sólo podemos sostenerla en principio, doctrinalmente, como un "desideratum" al cual debemos aspirar, pero sin posibilidad concreta de aplicación práctica por el momento" (p. 10).

¿Qué significa ésto? ¿Sostiene el autor que los cristianos deben aspirar al "ideal" de que el mundo se halle dividido entre comunistas y cristianos? ¿A qué viene hablar aquí de tesis o hipótesis? Nadie lo sabe. Dejemos, sin embargo, constancia del hecho relativo al uso de la hipótesis. Será éste el primer punto de controversia entre el autor y la juventud de su partido, la cual no admite que se proponga ningún planteamiento político sobre la base de que no existe unidad de fé en la sociedad contemporánea.

Pero, el señor Rodríguez no llega tan allá. El dilema que arbitrariamente utilizará es el de la oposición capitalismo-comunismo. El contenido de su obra importa pues la definición de los términos y una elección entre ellos. Es aquí donde conviene ir fijando la atención. El capitalismo es definido "en su sano sentido, en su sentido económico de propiedad privada de los medios de producción" (p. 11). Hay, sin duda, otra manera de definir este término, la cual se aplica "tendenciosamente" y se refiere al abuso, la prepotencia, la explotación, la concentración de la riqueza en unos pocos. Notemos desde ya que un cierto católico dijo alguna vez: "Salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos". Se llamaba Pío XI y era Papa; pero eso no importa atendido el hecho de que será preciso colocarlo dentro del sector "tendencioso" de la humanidad.

Definido el concepto de capitalismo, se deduce cuál es el de comunismo. Enseguida el señor Rodríguez deja la economía política y aplica sus objetivos religiosos. En tal caso, obtiene con facilidad lo que buscaba: la doctrina social de la Iglesia coincidirá con aquel de los términos elegidos por el autor. Este es, sin duda, el capitalismo. La Iglesia será pues defensora del régimen capitalista (\*).

Mas, ¿qué quiere decir el autor con su dile-

ma? ¿Se trata de un dilema doctrinario, en el sentido de que no hay más que dos teorías político-sociales? Sin duda que no. ¿Se trata de un dilema existencial, en el sentido de que sólo, se dan esos dos regímenes en la realidad social histórica? Tampoco. La verdad es que las definiciones de comunismo y capitalismo, dadas por el señor Rodríguez, no se realizan en ninguna parte. El mismo lo confirma. "Claro está, dice, que ninguno de estos regímenes, puede ser excluyente y absoluto. Y así, en el régimen capitalista caben, por excepción, empresa colectivas o nacionalizadas; y en el régimen colectivista caben, en la misma forma, empresas privadas" (p. 68). Es eso, en efecto lo que sucede en todas partes.

¿Se trata, pues, sólo de un dilema lógico, en el sentido de que todas las demás posiciones se reducen a una de las dos citadas? Esta parece ser la opinión del autor. El piensa, en efecto, que ciertas formas de solución al problema social no son más que modificaciones superficiales del capitalismo y que otras, como el comunitarismo, son en verdad, aspectos del comunismo.

Llegados a este punto, se impone una observación. El señor Rodríguez es dueño de fabricar los esquemas que desee. Pero, si ellos son meras abstracciones de la mente, conceptos que valen en la medida en que no se les hace chocar con la realidad, si se oponen sólo en el espíritu, ¿para qué sirven? ¿A quién importa que el capitalismo sea definido como una fórmula según la cual existe el derecho a la propiedad de los medios de producción? A nadie. La cosa adquiere significación sólo en el momento en que ella salta a la palestra de las realidades sociales y, a su amparo, se forja "una prepotencia despótica" o cuando se trata de saber hasta donde llegará el derecho de los actuales propietarios. ¿Podrá uno de ellos ser dueño de la mitad de la tierra?

No queremos fórmulas lógicas para ocultar la realidad de una economía "extremadamente dura, cruel e implacable" (Q. A., 110). Pero, nuestro autor olvida eso. Modestamente, desea quedarse en el terreno especulativo. Por cierto, cor tal sistema previene todas las objeciones. Si algún amigo de los argumentos de autoridad, le recuerda una frase de León XIII o de Pío XI, si recurre a Pío XII, si menciona al Arzobispo de Cincinatti (\*) al conde Della Torre, el señor Ro-

(\*) "Patrones egoístas han alabado a la Iglesia designándola como la gran fuerza conservadora..." (Card. Mundeleim, cit. Hurtado, Orden Social Cristiano, T. II, p. 34).

(\*) "Una causa del grado álgido del descontento actual es que los trabajadores se hayan persuadidos de la fría injusticia y de lo inhumano del capitalismo, industrial" (Hurtado, ob. cit., p. 36).

dríguez contestará prontamente: yo no hablo de ese capitalismo "tendencioso"; me refiero sólo al concepto católico de la propiedad privada y al sistema en que unos aportan capital y otros trabajan.

Aquí es donde interviene el "quid pro quo". El señor Rodríguez afirma que por atacar los abusos del capital se está atacando la propiedad misma. "Se dispara de mampuesto, dice, contra el verdadero y sano capitalismo" (p. 14). La consecuencia del equívoco sería la de que se está minando el derecho natural de propiedad privada. Hay que defender pues el "verdadero" capitalismo. Pero, ¿cómo hacerlo si éste no tiene existencia más que en la lucha de los conceptos? El combate no se halla en el derecho natural, sino en la forma práctica como algunos creen poder usarlo. Romper el quid pro quo viene a significar sólo dejar de protestar contra los abusos del capital.

¿Qué es lo que en realidad ocurre? Simplemente que el autor tiene su "quid pro quo" particular, del cual se servirá para hacer pasar a sus lectores de la defensa del derecho natural a la defensa de la última y más inmoral consecuencia del capitalismo verdadero y viviente. El sub título de su obra lo insinúa ya claramente. Si bien el título, era "o Capitalismo o Comunismo" y, de acuerdo, con lo definido, podía parecer inofensivo, el sub título saca a luz una tendenciosidad ignorada: "o vivir como en Estados Unidos o vivir como en Rusia". Ahora vemos claro. Ya no se trata del concepto católico; es simplemente el sistema industrial de Estados Unidos el que se encuentra en juego. Las Encíclicas pontificias han trabajado para instaurarlo y el señor Rodríguez dedicará cada uno de los demás capítulos de su libro a defenderlo.

### III.—EL PROBLEMA DE LA PROPIEDAD Y DE LA EMPRESA.

Hé aquí una cuestión sobre la cual los católicos conservadores han conseguido desorientar completamente la opinión común. El señor Rodríguez, por desgracia, los imita en la presentación del cuadro y llega, como ellos, a una caricatura de lo que la filosofía cristiana ha dicho sobre la materia. Trataremos de resumir el verdadero fondo del problema:

1.—Según Santo Tomás, el derecho natural del hombre sobre las cosas exteriores se refiere sólo a la capacidad abstracta para poseer; esto es, una facultad general que no incluye la determinación del modo —individual o colectivo— de

propiedad. Uno y otro le parecen lícitos; ninguno se deduce obligatoriamente de la naturaleza. (IIa. IIae., art. 3). La "distinción de las posesiones" (id. c. 66 a 2) se debe pues a la ley positiva y al "pacto humano". Tomás piensa también que, desde un punto de vista práctico, la posesión privada es necesaria, por cuanto ella asegura mejor los intereses sociales. Pero, esta necesidad, repetimos, no se halla vinculada a la ley natural. La comunidad de bienes, por su parte, tampoco es una exigencia positiva del derecho natural. Simplemente, como la propiedad privada, ella es lícita, no va contra la naturaleza.

En cuanto al uso de las cosas, Tomás de Aquino piensa que, sobrepasado el límite de los gastos indispensables y aceptada la individualización del dominio, las cosas deben usarse como si fueran comunes.

2.—Las Encíclicas papales han modificado un tanto esta doctrina. Ellas presentan la propiedad privada como un derecho natural, no sólo en cuanto éste la acepta, sino también en cuanto la exige. Su opinión es de valor puramente filosófico por cierto. De todos modos, ella está muy cerca de la de Santo Tomás y no puede ser usada para sostener la idea de un derecho ilimitado a la propiedad individual.

3.—León XIII y Pío XI combaten, en verdad, sólo la tesis de que sea permitido abolir totalmente la posesión privada. Para Santo Tomás, esto vendría a ser lícito, pero inconveniente. Para ellos, en cambio, tal intento iría contra la naturaleza humana, la cual necesita un mínimo de bienes poseídos con exclusión de todo dominio ajeno.

4.—Establecido que hay derecho a poseer bienes propios, los Papas aceptan que el derecho mismo y el uso de las cosas sea limitado por la ley positiva. En efecto, basta recordar su insistencia sobre el doble papel de la propiedad, individual y social, su exigencia de que el Estado vele por el bien común, su tesis expresa y tácita de que el Estado puede poseer bienes, como asimismo la comunidad y los grupos humanos particulares. De otro modo, ¿serían contrarias al Derecho Natural las posesiones comunales de la Edad Media, las nacionalizaciones contemporáneas, el dominio del Fisco chileno sobre tierras, y materias primas, sobre empresas industriales, sobre los ferrocarriles? Por lo demás, León XIII dice que Dios dejó "a la industria de los hombres y a las leyes de los pueblos la determinación de lo que cada uno en particular había de poseer (RN, 16). Asimismo, Pío XI, (QA, 49). Pío XII agrega: "el Estado puede, teniendo en vista el

interés del público, y si no puede evitarlo, llegar hasta decretar la expropiación de la propiedad, pagando una adecuada indemnización" (Cit. Hurtado, id, II, p. 279).

5.—Por lo demás, la tesis de los Papas implica que, la propiedad esté bien repartida y no en manos de unos pocos (\*). En consecuencia, un régimen que se funda en la existencia de pocos propietarios y muchos proletarios no podría justificarse con el texto de las Encíclicas. Pío XII también lo ha dicho: "En consecuencia, cuando el capitalismo se basa en tales conceptos falsos y se arroga el derecho ilimitado de propiedad, sin consideración alguno por el bien común, la Iglesia lo condena como contrario el bien común".

"Al defender por tanto el principio de la propiedad privada, la Iglesia persigue un elevado propósito ético-social. No piensa defender absoluta y simplemente el estado actual de cosas como si viera en él la expresión de la voluntad de Dios, ni tampoco defender como cuestión de principio al rico y al plutócrata contra el pobre y el indigente. ¡Muy lejos de ello!" (Hurtado, id., T. I. p. 277).

Pero eso último es justamente el pensamiento del autor. Su raciocinio puede ser sintetizado del modo que sigue:

El hombre tiene derecho natural a la propiedad privada. Esto se traduce en la empresa capitalista, la cual reúne, por una parte, a los que aportan capital, y, por la otra, a los que aportan trabajo. El derecho de que se trata es ilimitado (p. 59) en cuanto a la extensión. La única forma de circunscribirlo radica en el deber de usar las cosas en beneficio común. Pero, ello no puede ser exigido por vía legal y se cumple por el sólo hecho de invertir los capitales sobrantes en nuevas empresas.

Todo esto es falso. No existe el derecho natural ilimitado. Es inexacto que el Estado no puede pedir por vía legal lo que sobra, pues en tal caso los impuestos carecerían de justificación. Resulta, sobretodo, absurdo pretender que el derecho natural a la propiedad privada impida modificar la estructura de la empresa capitalista. Bástenos decir, en contrario, que la defensa del

(\*) "Cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres" (QA, 58). "Una (clase) poderosísima porque riquísima, que teniendo en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio... La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y dispuesta a turbulencias" (RN, 64).

señor Rodríguez se aplica por igual al comunismo. Este podría decir: el comunismo se basa en el derecho natural de la sociedad a poseer bienes, por lo tanto cambiar la estructura de la empresa estatal comunista es atentar contra el derecho natural.

En el fondo, el problema radica en que nuestro autor se mueve dentro de un concepto vacío. Su definición del capitalismo constituye un esquema mental que podría tener objetividad, pero que no la tiene ni la ha tenido. El capitalismo es el hecho en virtud del cual una multitud de hombres, poseídos por el espíritu de lucro y con un concepto puramente e individualista de las relaciones sociales, utilizaron el esquema capital-trabajo para llevar hasta sus últimas consecuencias la primacía del primero sobre el segundo. Historicamente, el esquema se confundió con una realidad injusta. La sabiduría no consiste en refugiarse otra vez en el concepto, sino en desarrollar una filosofía comunitaria, anti-individualista, que impida de raíz la explotación del trabajador. Para ello, es necesario dar a éste los medios de producción y cambiar el espíritu mismo del proceso económico. Esto es sustituir el capitalismo real.

Por último, agreguemos que la crítica del comunitarismo resulta, en la obra del señor Rodríguez, extraordinariamente débil. Dice tres cosas: Primero, que es contraria al derecho natural; segundo, que plantea problemas jurídicos insolubles; tercero, que no habría de donde sacar nuevos capitales para ampliar la empresa.

¿Hay necesidad de refutar esto? Notemos primeramente que si bajo la empresa capitalista, hay —por ejemplo—, un propietario por cada 20 proletarios, bajo la empresa comunitaria habría 21 hombres que acceden a la propiedad de alguna manera y que trabajan en la empresa con un interés personal. Los problemas jurídicos, por otra parte, son sólo dificultades personales del señor Rodríguez y en cuanto a los nuevos capitales, hemos de decir que si, bajo el capitalismo, ellos se obtienen del ahorro practicado por la clase patronal, bajo el comunitarismo se obtendrían del ahorro verificado por toda la población trabajadora.

#### IV.—CAPITALISMO ESPECULATIVO Y CAPITALISMO HISTORICO.

El "quid pro quo" del autor parecerá ya bastante claro. Su noción puramente vacía del capitalismo no le sirve para nada. ¿Qué es lo que debe hacer ineludiblemente para que su estudio



cobre algún sentido? Defender el capitalismo real. Y para esto, a su vez, necesita rebatir las críticas formuladas a la sociedad capitalista. De allí que el señor Rodríguez dedique varios capítulos a mostrar de qué modo son injustas las críticas dirigidas contra ésta, contra los ricos en general e inaceptables las tentativas de cambiar la realidad.

Es verdad que, sobre estos puntos, el dualismo de lo económico y lo religioso se hace presente a cada paso. El pensamiento dominante es el que surge de un concepto fatalista del hombre, pero ello está matizado con anotaciones de carácter sentimental, religioso o idealista.

A veces el contraste entre ambos es llamativo. Veamos un ejemplo:

Para refutar al socialismo, dice: "Todo régimen económico, de cualquiera naturaleza que sea, necesita un motor que ponga en marcha y estimule la producción. Ese motor, en el régimen capitalista de propiedad privada, es el interés personal, el aliciente de mejorar de fortuna, de ahorrar, de labrarse una situación independiente, de llegar a ser propietario, de dejar bienes a los hijos, que aseguran su porvenir. Suprimida la propiedad privada ese motor desaparece. ¿Con qué lo reemplaza el socialismo democrático, respetuoso de la dignidad y la libertad del hombre? Con nada; sino es con buenas palabras: el concepto del deber, el noble espíritu de emulación, el amor a la humanidad... Todo esto es sin duda más hermosos que el *homo economicus* y el *homo hominis lupus* de los clásicos; pero menos cierto" (p. 76).

Los ideales, la solidaridad, el amor quedan, pues, supeditados al interés egoísta del *homo economicus* del liberalismo.

Más adelante, se habla contra la existencia de la lucha de clases y los escrúpulos idealistas aparecen: "Los individuos, dice, actúan reunidos y movidos, más que por motivos puramente económicos, por nobles ideales políticos, religiosos, culturales, científicos, artísticos. La lucha por estos nobles ideales y no el materialismo histórico ha movido siempre a la humanidad y enaltecido su vida" (p. 228). Pero nos preguntamos, ¿y el *homo economicus*, el no muy hermoso pero real *homo economicus*?

Lo importante es, sin embargo, que en toda esta parte el señor Rodríguez contraría, por de pronto, directa y literalmente toda la doctrina de la Iglesia católica. Es inútil señalar ejemplos. Las cosas quedarán claras si se recuerda que él intenta demostrar la falsedad de la tesis según la cual hay intereses antagónicos en la eco-

nomía capitalista, la circunstancia de que los patrones tienden a pagar salarios bajos, la de que el capital ha espobrecido a las clases obreras, la de que el capitalismo sea un "pulpo gigantesco de mil cabezas, señor y dueño de la riqueza" (p. 239), la de que los ricos son muchos y ganan sumas enormes, etc. A todo esto, el autor opone las tesis contrarias: el capitalismo es un "instrumentos maravillosos" para producir riqueza y ha dado a los trabajadores condiciones superiores a las que jamás han tenido, los ricos no poseen rentas grandes y su distribución daría apenas una suma de sesenta pesos chilenos anuales a cada habitante de la tierra, etc. Dicha renta, invertida en capitalización es, en cambio, la fuente de las riquezas futuras.

De todo este cuadro saquemos sólo dos observaciones. Una es que el "maravilloso instrumento" no pasa de ser un régimen en el cual la renta media del hombre actual es de sesenta pesos chilenos anuales. No creemos que jamás anticapitalista alguno haya formulado un juicio que sea más decisivo para rechazar el sistema. La segunda es que el señor Rodríguez, "católico que habla para católicos", se coloca en la más diametral oposición con sus superiores jerárquicos, al negar los abusos y extorsiones de los capitalistas y atribuir a los ricos un papel automáticamente bienhechor a todos los demás. Una sola cita: "Con esto creció mucho el número de los que ya no cuidaban sino de aumentar sus riquezas de cualquier manera, buscándose a sí mismos ante todo y sobretodo y sin que nada les remordiese la conciencia, aún los mayores delitos contra el prójimo" (QA, cit. Hurtado, id. T. II, p. 107). El papel de los ricos parece ser, en este caso, un poco distinto del que pinta el senador tradicionalista.

## V.—ECONOMIA Y MORAL.

El señor Rodríguez viene a ser una mezcla de economista implacable con moralista sensible. La moral y la religión, sin embargo, se limitan a temperar superficialmente la dureza de la realidad. En el fondo, para él, todos los males son inevitables. Ningún régimen nos liberará de ellos (p. 292 y 302). Más aún, la protesta contra la existencia de ricos y pobres no concuerda con las enseñanzas del Cristianismo. Eso es propio de socialistas, para los cuales la pobreza no tiene sentido. Los cristianos han de reflexionar sobre el hecho de que ella entra "en el plan providencial", de tal modo que (¡notadlo bien!) si nuestro esfuerzo por suprimirla, tuviesen éxi-

to, "alteraríamos en tal forma el orden natural, que la humanidad quedaría condenada a desaparecer" (p. 296). "La pobreza, agrega, el señor Rodríguez, es el estado más rico en medios para alcanzar los destinos eternos" (p. 297).

La tesis es de un pesimismo radical. La actitud que de ella surge es la de todas las clases conservadoras y retardatarias: mantenerse en lo que existe aún cuando sea pésimo. La utilización de la ética cristiana en favor de tales designios, es la causa precisa de que el Cristianismo haya sido abandonado por las masas. "Esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia de ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados..." (QA, cit. Hurtado, id. T. I, p. 37). Monseñor Nicholas, Arzobispo de Cincinnati agrega: "Si grandes muchedumbres de trabajadores han estado obligados a vivir en condiciones inhumanas, los industriales decían que esto no les incumbía, que no eran responsables de la situación. Se contentaban con decir: "Los pobres son los pobres". "Los trabajadores son los trabajadores, sólo unos cuantos de ellos tienen la energía y la capacidad

para elevarse sobre su condición. Tendremos siempre pobres, necesitamos trabajadores". Es cierto que ningún sistema humano logrará eliminar completamente la pobreza, pero debemos trabajar por acabar con la depravación de los pobres" (cit. Hurt. T. II, p. 38). Pero, cada una de estas tentativas es recibida por los economistas de la escuela del señor Rodríguez como utopías irrealizables y como violaciones del Derecho Natural.

Si hemos recurrido tanto a las citas y a los argumentos de autoridad, ello es porque el señor Rodríguez partió de una concepción cristiana de la vida. Habló "como católico y para católicos". La mejor refutación en tal caso era mostrar que la Iglesia Católica no ha enseñado lo que él dice, sino precisamente lo contrario. Queda asimismo contestada la petición que, hace el señor Rodríguez, después de escandalizarse ante ciertas palabras del Cardenal Suhard (p. 206), sobre un pronunciamiento "drástico" de la Iglesia en favor de las concepciones de derecha. ¡Es una lástima que no se haya apercibido de que justamente hubo ya un pronunciamiento y ése es adverso!

### III. EL MOVIMIENTO DEMOCRATA CRISTIANO EN LA EUROPA OCCIDENTAL

*Después de presentar sendos estudios sobre la situación de la democracia cristiana en Bélgica y en Francia, ofrecemos ahora el que se refiere a Italia. En el próximo número presentaremos el estudio sobre Alemania.*

ITALIA. "SOMOS UN PARTIDO DE CENTRO QUE VA HACIA LA IZQUIERDA". ESTE PENSAMIENTO DE DE GASPERI ¿ES COMPARTIDO POR TODOS SUS COLABORADORES? (\*)

Desde 1948 el Partido Demócrata Cristiano tiene la mayoría absoluta de la Cámara y el Senado italianos. Su jefe ocupa el poder ininterrumpidamente desde 1945 y no parece que tenga rival, al menos por el momento. Si De Gasperi ha dado amplia participación a representantes

(\*) El presente reportaje sobre Italia se debe a Maurice Vaussard. Remitimos además a nuestros lectores al excelente estudio sobre el mismo país que, con el nombre de "Perspectivas italianas" apareció en el número 69 de POLITICA Y ESPIRITU.

de varios grupos en los ministerios que ha organizado después del fracaso de la política tripartidista, se ha debido más al deseo de desvanecer toda idea de acaparamiento del poder por los suyos que a una estricta necesidad.

La verdad es que los demócrata cristianos propiamente tales nunca hubiesen podido reunir los trece millones de votos que lograron alcanzar el 18 de Abril de 1948 si el alcance de la votación no hubiese sobrepasado, y con mucho, la mera defensa del programa tradicional, cívico, social y religioso de la democracia cristiana. Su emblema, un escudo con una cruz, juzgado como el más capaz de poner atajo a la marea comunista, pudo atraer los votos no sólo de muchos electores de la alta burguesía, más conservadores que devotos, sino de la gran masa de las clases me-

días. Y si los votos demócrata cristianos totalizaron casi el 50% de los emitidos fué porque se logró, además, una importante proporción de los sufragios obreros y campesinos.

#### LA DEBILIDAD DE LA FUERZA.

Junto a motivos de legítimo orgullo ese triunfo encubría diversos peligros.

Por lo que respecta a los elegidos era imposible que en una masa de más de 300 diputados no hubiese sino hombres de valor. Ya en 1919, don Šturzo, fundador del Partido Popular Italiano, antepasado del actual Demócrata Cristiano, había estimado que, para la época era demasiado fuerte, numéricamente, un grupo de cien diputados de una formación joven que afrontaba por primera vez el sufragio universal. Sin embargo, ese resultado coronaba veinte años de ininterrumpidos esfuerzos que, si bien tenían pocos intérpretes en el Parlamento, contaba afuera con militantes galoneados.

En 1946 y 1948, para las elecciones a la nueva Asamblea Constituyente y a la primera Cámara que la siguió, solicitaron los sufragios del pueblo cristiano, aparte de un restringido grupo de veteranos anteriores al fascismo, muchos jóvenes que bajo el régimen desaparecido no habían podido recibir ni formación política democrática, ni formación sindical, ni, muy a menudo, formación intelectual. Sólo se había asegurado, para la mayor parte, una formación religiosa, gracias a la Acción Católica, cuya supervivencia quedara establecida por el tratado de Letrán.

Por el lado de los electores, las razones que decidieron sus votos no eran todas absolutamente puras y desinteresadas. Pero ello es un carácter común, por lo general, a las consultas electorales, que son raramente una escuela de virtud. Mantener la cohesión de esa masa enorme de votantes y de ese grupo parlamentario planteaba a De Gasperi un problema singularmente difícil. Sólo su autoridad personal, hecha de fuerza y flexibilidad, su convincente elocuencia, su valentía en la resistencia al fascismo y su patriotismo indiscutido le permitieron resolverlo con un mínimo de pérdidas. En las elecciones de Mayo-Junio de 1951, el partido perdió 1.600.000 votos con relación a 1948, pero se mantuvo sobre los resultados obtenidos en 1946. Considerando que 1948 fué un éxito inesperado y que el partido lleva cinco años en el poder, los últimos resultados electorales representan una positiva ga-

nancia, reforzada por la conquista de numerosas municipalidades que se encontraban en manos de la extrema izquierda. Es cierto que el Sur de Italia aún no ha votado, pero puede presumirse que en esa zona las pérdidas de los demócrata cristianos serán menos acusadas que en el Norte.

#### PERDIDAS EN LAS DOS ALAS.

Sus adversarios comunistas y socialistas "nennistas" les hacen a los demócrata cristianos reproches numerosos: insuficiencia de la ayuda al proletariado agrícola y a los cesantes, subordinación a los norteamericanos, corrupción administrativa, etc. A ellos hay que agregar los rencores nacionalistas por la pérdida de las colonias —mal defendidas, dicen, por Sforza— y los temores de que la cuestión de Trieste no sea resuelta conforme a los intereses italianos. Mas todo eso no ha hecho mella en el grueso de las fuerzas demócrata cristianas, formadas por las clases medias.

Las pérdidas provienen, sobre todo, de las dos alas: conservadores sociales y medios obreros. El grupo de Dossetti, antiguo profesor de Derecho en la Universidad Católica de Milán, teme un apartamiento creciente de los obreros. Los "dossetistas", grupo joven, poco numeroso, pero vibrante y hostil a todo compromiso con "las potencias del dinero", está formado por idealistas que dan, personalmente, un ejemplo de absoluto desinterés. Otro de sus líderes, el jurista La Pira, nuevo alcalde de Florencia, ha vivido durante mucho tiempo como un monje en el Convento de San Marcos, pobre entre los pobres.

Otra tendencia demócrata cristiana, centrada sobre todo en el problema de la paz, se encarna en Igino Giordani. Giordani fué redactor jefe de *il Popolo*, el diario demócrata cristiano de Roma antes del fascismo, y actualmente dirige un semanario muy independiente: *La Via*. Sus artículos y discursos en la Cámara a menudo causan escándalo, por lo pacifistas, entre sus amigos; pero le valen la aprobación emocionada de numerosos obreros socialistas y comunistas. Mantenido aparte de los círculos dirigentes del partido, Giordani cuenta con el apoyo de algunos diputados muy jóvenes, a quienes seduce su generosidad.

El diario del presidente de la Cámara, Gronchi, otro "rebelde" notorio, *La Libertá* dejó de aparecer en 1951.

## NADA DE ALIANZAS CON LOS NEO-FASCISTAS.

Se ha escrito la palabra "rebelde", pero ella no expresa sino una verdad aproximativa. Los "rebeldes" de la democracia cristiana de Italia están muy lejos de ser lo que en el laborismo inglés son Bevan y sus amigos. La principal razón para que así sea es la influencia conciliadora del Vaticano que, aunque discretamente, se ejerce sobre los católicos italianos con más fuerza que en parte alguna. La ruptura del frente común contra el marxismo encontraría en las altas esferas de la Iglesia una segura desaprobación. Por su parte, De Gasperi se opone irreductiblemente a toda solidaridad, así sea ocasional, con el neo-fascismo, representado por el Movimiento Social Italiano. Los demócrata cristianos han dejado que municipalidades importantes, como las de Bolonia, Siena, Tarento, etc., quedaran en poder de los comunistas antes que aliarse con la extrema derecha. Esa alianza era imposible, no sólo porque el neo-fascismo se revela digno continuador de su antepasado sino también por táctica electoral: se habría perdido más por el lado de la izquierda que ganado por el de la derecha.

Los jóvenes "dossettistas", deseosos de un mayor vigor en el repudio a las "solidaridades capitalistas", han tratado de pesar en la dirección del partido. En el Congreso de Venecia, Abril de 1950, obtuvieron que Dossetti fuese nombrado Secretario General adjunto. La influencia de Dossetti ha sido bastante para lograr que dos o tres docenas de diputados del partido hayan quebrantado su disciplina acompañando a los comunistas en un voto de desconfianza contra las Confederaciones Patronales de la Industria y el Comercio, en una votación secreta el 28 de Febrero último, en la cual el gobierno resultó derrotado. El incidente no tuvo consecuencias inmediatas porque De Gasperi creyó mejor esperar el término del debate para sacar sus conclusiones. En la votación final, al día siguiente, el gobierno obtuvo solamente una débil mayoría de 16 votos, que indicó el malestar existente en el seno de la mayoría. De nuevo, y más recientemente, el caso ha vuelto a producirse, con motivo de la discusión de los sueldos de los funcionarios.

## UN PARTIDO DE CENTRO QUE VA HACIA LA IZQUIERDA.

El Consejo Nacional de los demócrata cristianos, celebrado el 3 de Julio de 1951, dió una sa-

tisfacción más aparente que real al ala izquierda del Partido al forzar la renuncia de los dos hombres más combatidos, uno por su política económica y el otro, por la internacional: el ministro del Tesoro, Pella, y el de Relaciones Exteriores, conde Sforza. Pero en la reorganización ministerial siguiente, Sforza volvió al gabinete como ministro sin cartera y Pella, como ministro del Presupuesto. Por el contrario, Dossetti ha quedado completamente fuera de la dirección del Partido. En ésta hay tres puestos de Secretarios adjuntos, para suplir la falta del titular, Gonella, ministro de Instrucción Pública. Ahora bien, Gonella anunció que reasumiría su cargo, y así lo ha hecho. Los Secretarios adjuntos han sido, así, suprimidos, pero dos de ellos fueron colocados en sendas Sub-Secretarías de Estado en el nuevo gabinete de De Gasperi. Sólo Dossetti no recibió ninguna compensación y renunció hace poco a la dirección del Partido para volver —se dice— a sus estudios de Derecho Canónico. Al mismo tiempo, dejó de publicarse la revista mensual de su grupo, *Cronache Sociali*.

¿Habrá que pensar que su tendencia ha sido definitivamente vencida, en beneficio de los elementos más ambiciosos o maleables que pululan en la democracia cristiana como en cualquier otro partido de masas? Eso no se sabrá sino en el Congreso nacional del Partido, en 1952, y, sobre todo, en las elecciones nacionales de 1953. Innegablemente, la tendencia "dossettista" no ha desaparecido y De Gasperi se esfuerza en juntar a su fórmula *centrista* a todos aquéllos cuya conversión le parece posible. En su opinión, la democracia cristiana no debe dejarse ni "clericarizar" ni "proletarizar", no convertirse en una minoría retrógrada ni en un partido de clase.

"Somos un partido nacional de centro —ha precisado— que va hacia la izquierda".

Tales son, por cierto, sus intenciones, pero ¿corresponde a ellas la realidad? En absoluto, pues muchos de sus colaboradores no piensan como él. Sí, por ejemplo, quisiera acelerar las etapas de la reforma agraria, desataría tempestades.

La redistribución de las tierras de la región de Sila, en Calabria, había costado hasta fines de 1949, dieciocho mil millones de liras en trabajos públicos para permitir a los campesinos pobres una explotación racional de zonas poco o mal cultivadas que representan 45.000 há. Un plan decenal de expropiaciones, establecido a comienzos de 1950 para todo el sur de la Península y que puede afectar, en los alrededores de la capital hasta el 80% de las propiedades de algunos príncipes romanos (15.000 há. para el solo príncipe

Torlonia, el más rico de todos), exigirá un gasto de un billón de liras. Ese plan se lleva a cabo muy lentamente, por falta de recursos. Cualquier gasto imprevisto, como el ocasionado hace poco por las inundaciones del Pó (200 mil millones de

liras), lo retarda aún más, ya que el plan de reforma agraria de la Democracia Cristiana no se basa en una mera expoliación, como los realizados por las Democracias Populares, pero aquélla se perjudica con el retardo.

## LA REVOLUCION COMUNITARIA

Por JACQUES CHONCHOI

En la inmensa mayoría de los hombres la palabra revolución evoca junto con ella una imagen que parece estarle irreductiblemente asociada: la de violencia. Ello se debe a nuestro juicio a dos razones fundamentales. La una, a que en el curso de la historia se ha acostumbrado a calificar con este nombre a toda revuelta contra el poder establecido, llevara ella aparejada una acción en profundidad sobre la estructura política, económica o social imperantes en ese momento, o fuera un vulgar golpe de Estado o cuartelazo sin mayor trascendencia que el reemplazo de unos cuantos hombres por otros. La otra, a que por la falta de visión, inercia o egoísmo de los grupos dirigentes, a quienes la experiencia de la historia pareciera no haber enseñado jamás nada, cada vez que ha sido necesario realizar un reajuste profundo en la estructura de la sociedad, los hombres que por él luchaban se han visto en el hecho obligados, quisieran o nó, a efectuarlo, por medios violentos. Sin embargo, y a pesar de esta repetida coincidencia, creemos que revolución y violencia son dos términos que encierran contenidos bien distintos, y que es posible y necesario no sólo en teoría, sino que también en la práctica, disociarlos.

Pensando por otro lado que un examen objetivo de la situación actual de la humanidad nos obliga a adoptar una actitud revolucionaria frente al mundo en que hoy vivimos, quisiéramos en un primer artículo, fijar de una manera lo más clara posible lo que define a nuestro parecer una posición revolucionaria, el por qué de la necesidad de esta actitud en el mundo de hoy y cuáles son los caracteres esenciales que definen nuestra revolución para en un segundo, ver de qué modo esta visión puede pretender injertarse en la sociedad real en que vivimos, lo que nos llevará a examinar el problema de los medios y a considerar allí más específicamente las relaciones de nuestra acción revolucionaria con la violencia.

I.— (a) *¿Qué es una revolución?*, (b) *¿Por qué somos revolucionarios?* y (c) *¿Cuáles son los caracteres esenciales que definen nuestra revolución en el mundo de hoy?*

(a) Decíamos recién que los términos de revolución y violencia son palabras que encierran contenidos bien distintos, y que aunque era explicable que en la mente de la mayoría de los hombres, ellas se encontraran profundamente asociadas, y hasta identificadas, era también fundamental distinguir las y disociarlas.

En efecto, una revolución no es lo que se imaginan los burgueses "bien pensantes": la furia desatada de las masas, que sin ningún control, pretenden asesinarlos y quitarles sus bienes "legítimamente adquiridos". Este aspecto de violencia desenfrenada que suele acompañar a numerosas revoluciones o pseudo-revoluciones, puede ser una manifestación superficial de ellas, una brusca exteriorización de los odios, por largo tiempo contenidos, de una masa oprimida, por un régimen injusto que se prolonga indefinidamente haciendo cada vez más precaria e inestable su situación pero no es y está muy lejos de ser el carácter esencial de una revolución. Más bien diríamos que en una verdadera revolución, éste es un accidente natural que suele encontrar en su camino, y al que debe tratar de sobreponerse, bajo pena de sucumbir en el desorden y en la anarquía. Una revolución que no fuera más que violencia desencadenada, como por ejemplo esos movimientos de destructores de máquinas que surgían espontáneamente de las masas obreras en los primeros tiempos del desarrollo de la industria capitalista, cuando los trabajadores culpaban a la Máquina de todas las desgracias que los azotaban; puede ser una revuelta desesperada del hombre contra algo injusto que lo oprime, un deseo ciego de venganza contra algo que lo abrumba cada vez más en su miseria, puede ser algo enteramente explicable y comprensible, pero eso no es una revolución. Los obreros que tomaban parte en esos movimientos no

perseguían ningún objetivo político, no buscaban ni siquiera transformaciones económicas, ni pensaban en el porvenir. Como ya lo hemos dicho, lo que los impulsaba era únicamente un sentimiento de ciega revuelta contra la injusticia, de deseo de venganza, de destruir lo que consideraban era la causa de todos sus males.

Pero también existen otros movimientos que no son tan negativos como los anteriores; que persiguen fines políticos como la apropiación violenta del poder, el brusco cambio de las "élites" directoras de la sociedad por otras nuevas, etc. Y ante éstos hechos, ya uno se encuentra inclinado a pensar de que se trata de una verdadera revolución. Sin embargo, no siempre es así. La apropiación violenta del poder y el brusco reemplazo de las "élites" puede ser en un instante dado una condición fundamental para el éxito de una revolución, pero en sí mismos ellos no constituyen la revolución.

Nos vemos, pues conducidos entonces a tratar de saber que es lo esencial de una revolución, que es lo que constituye su sentido profundo, que es aquello sin lo cual no es revolución.

Un análisis sumario del proceso histórico nos demostrará fácilmente que las sociedades humanas, con sus organizaciones políticas, sociales y económicas propias, no han sido inmutables. En efecto, este análisis nos hará ver que tales estructuras políticas, económicas y sociales, que parecieron normales, justas y adecuadas, en un momento dado de la evolución histórica, ya no lo fueron en un período posterior. Desde la más remota antigüedad hasta los tiempos en que vivimos, son múltiples las formas de organización y vida de las sociedades que se han sucedido las unas a las otras. Y ello se ha debido, por un lado, a que la actividad del hombre y el desarrollo de la ciencia y de la técnica que fueron sus consecuencias, han aumentado cada vez más su dominio sobre la naturaleza, modificando profundamente las condiciones materiales de su existencia; y por otro, a que este mismo hombre, a medida que la historia avanza, y por la acción de las fuerzas espirituales que trabajan la sociedad en su profundidad, ha ido creciendo como tal, ha ido tomando cada vez más conciencia de su dignidad, su personalidad se ha ido desarrollando, y desea liberarse cada vez más no sólo de las opresiones y limitaciones que le impone la naturaleza, sino que también de las que le imponen los demás hombres. Y este movimiento de liberación progresiva de masas cada vez mayores de hombres, es necesario, es normal, y debe hacerse todo lo posible por favorecerlo. Es lo que podríamos llamar la consecuencia del crecimiento de la libertad y de la personalidad a través de la historia. Crecimiento que es indispensable a la ascensión de la humanidad.

Pero a menudo nos encontramos en el curso de la

historia con épocas en que habiéndose producido grandes modificaciones materiales, y un mayor crecimiento en la conciencia humana de esta aspiración a una mayor libertad, de esta necesidad casi inconciente de la personalidad; las estructuras políticas, económicas y sociales que moldean a la sociedad permanecen todavía estables, no evolucionan con un ritmo adecuado al crecimiento anterior; y a medida que pasa el tiempo éstas diferencias de evolución se van acentuando cada vez más. Este hecho se debe, por un lado, a la inercia intelectual de los dirigentes que no quieren realizar el esfuerzo mental necesario para apreciar las modificaciones políticas y económico-sociales que deben aplicarse a las estructuras de ese momento, con el fin de ponerlas a tono con el mayor crecimiento del hombre y de la técnica; y por otro, al egoísmo y a la falta de visión de las "élites" directoras de la sociedad en ese instante dado, las que sintiéndose favorecidas por éstas estructuras, tratan de hacerlas perdurar en la misma forma indefinidamente.

En consecuencia, éstas estructuras se van haciendo cada vez más opresivas, y se produce ese choque interno, esa necesidad casi inconciente en la inmensa masa, y más manifiesta en los elementos más destacados de ella, de quemar las etapas en la evolución de las sociedades, sobreviniendo así el clima psicológico necesario a la revolución. Y es en éstos momentos críticos cuando surgen algunos hombres de genio, que son como una emanación más conciente de la masa, que impulsan, orientan y dan un cauce a este espíritu de revolución que está latente. Y como es lógico, éstas revoluciones que antes eran limitadas, por las diferencias profundas de la evolución social, psicológica y económica de los distintos pueblos, tienden hoy día, por el mayor acercamiento y la mayor igualdad que existen entre los hombres de los diversos países, ha ser cada vez más universales.

Así pues, lo que nos parece que caracteriza esencialmente a una verdadera revolución, es esta necesidad de cambios profundos, que amolden las estructuras políticas, económicas y sociales ya caducas, al grado de desarrollo de la conciencia de personalidad y de libertad del hombre común en un momento dado de la evolución histórica, y a los nuevos elementos aportados por el progreso material. Vemos entonces que una revolución verdadera es algo mucho más profundo que el brusco desencadenamiento de una violencia sin frenos y sin objetivos, que la mera apropiación del poder, el reemplazo de las "élites", u otros cambios más o menos superficiales. En una palabra, su esencia misma, su "infra-estructura" si pudiéramos decir, es esta necesidad de transformar las estructuras básicas de la sociedad, las que condicionarán en gran parte la vida del hombre, pa-

ra hacerlas servir con mayor justicia y eficacia que las anteriores, a este hombre más superior de esta nueva etapa. Y el que digamos que éstas estructuras condicionarán en gran parte la vida del hombre, no es fatalismo histórico, puesto que ese mismo hombre tienen una relativa libertad para crear esas estructuras que a su vez lo influenciarán.

• • •

b) Habiendo ya definido lo que a nuestro juicio caracteriza fundamentalmente una posición revolucionaria, y lo que constituye la esencia misma de las revoluciones, creemos que un exámen objetivo de la situación actual de la humanidad nos conduce a la necesidad de adoptar una actitud de esta naturaleza frente a la organización política y económico-social presentes.

En efecto, vivimos hoy en un mundo caracterizado por estructuras capitalistas que se han revelado incapaces de garantizar a la vez el desarrollo técnico y material de la humanidad, y la seguridad y el bienestar mínimos para todos los hombres, que debían haber sido las lógicas consecuencias del desarrollo anterior. Es indudable, y nadie podría negarlo, que éstas estructuras capitalistas ayudaron al hombre a alcanzar un poder sobre la naturaleza como jamás antes lo había tenido. Y en este sentido han hecho un aporte inmensamente positivo al desarrollo de la humanidad. Sin embargo, ellas se encontraron viciadas desde un comienzo, y en su esencia misma, por no haberse insertado en una visión verdadera del hombre y en una justa escala de valores. Y así, al mismo tiempo que creaban una riqueza material como jamás el mundo había conocido, condenaban a millones de hombres a vivir en un estado de inseguridad permanente, no sólo por la profunda división de clases y por la condición proletaria que originaban, sino que además por las guerras universales, como jamás tampoco el mundo había conocido, a que fatalmente conducían a la humanidad las luchas de los intereses imperialistas del capitalismo.

Pero hoy día nos encontramos con que masas cada vez mayores de hombres están tomando conciencia de su verdadera situación, y de la opresión que significa a su dignidad y a sus derechos esenciales la mantención de éstas estructuras. Y no es posible en consecuencia el pretender hacerlas perdurar. Hoy día ellas se encuentran en crisis y es preciso reemplazarlas por otras nuevas que conservando ese mismo impulso de desarrollo material que ellas fueron capaces de originar y de mantener, garanticen al mismo tiempo la seguridad mínima indispensable a todos los hombres, y sean capaces de defender esta seguridad aún contra la acción desquiciadora de los propios hombres, tarea ante la cual aquéllas fracasaron en forma total.

No se piense que con esto queremos decir que nos parece posible instaurar nuevas instituciones y estructuras políticas y económico-sociales tan perfectas, que ellas sean capaces de proteger automáticamente a los hombres contra las leyes que rigen un mundo que no es el de ellos y contra la acción alteradora de los propios hombres. Pero si creemos que es necesario buscar y establecer nuevas instituciones y estructuras insertadas en una verdadera y justa apreciación de los derechos y necesidades fundamentales de los hombres y de la imperfecta realidad humana de hoy, que garanticen mucho más y mejor que las actuales, que no serán las leyes del desarrollo material y de los intereses económicos las que primarán por excelencia en la sociedad como hoy día sucede, obligando a la vida humana a moldearse a principios y necesidades que no son los suyos, y que como el aprendiz de brujo, desencadenó sin poder ya controlar.

• • •

c) De todo lo que hasta aquí hemos dicho procuramos ahora deducir cuales serán los caracteres esenciales que definirán nuestra actitud revolucionaria, los que fijarán al mismo tiempo nuestros propios medios y nos permitirán aclarar posteriormente nuestras relaciones con la violencia que siempre se ha considerado inseparable de una actitud revolucionaria.

El primero de los caracteres fundamentales de nuestra revolución es el de la necesidad de una profunda transmutación en la escala de valores que hoy rige nuestra sociedad.

“El inconveniente de la palabra revolución y del conjunto de imágenes que arrastra consigo —escribía Jacques Maritain en “Du Régime Temporel”— no es el de hacer pensar en un cambio demasiado grande ni demasiado radical, sino que por el contrario en un cambio limitado a grandezas aparentes y a principios derivados, en un gran trastorno brusco, cuyo radicalismo ante todo exterior y material señala la ausencia de profundidad esencial y espiritual; en una palabra en una simple transformación material. El mundo pide cambios que sean otra cosa —para recordar una palabra de Luciano Bonaparte— que estiércol dado vuelta”.

Creemos que de aquí se desprende lo que debe ser el carácter más profundo y al mismo tiempo más necesario de nuestra revolución. Si queremos en efecto evitar que el mundo siga condenado a la inseguridad, a guerras cada vez más desastrosas, a la opresión del hombre por el hombre, y a la esclavitud de la vida y de todo lo humano frente a las leyes que rigen el mundo de la Máquina; no basta con hacer sólo la revolución en el plano de las estructuras políticas, sociales y económicas. Es fundamental además que todas éstas transformaciones va-

van acompañadas de una profunda transmutación de valores, interior y dinámica, en todos los planos de la vida humana, en la que éstas nuevas estructuras puedan insertarse.

“Lo que es exigido ante todo, es que el centro de gravedad de las preocupaciones de la humanidad sea desplazado, con el fin de que pase del mundo de “las grandezas de la carne” al mundo de “las grandezas del espíritu”. Va de sí que un tal desplazamiento del centro de gravedad de las preocupaciones culturales no irá sin profundas transformaciones, sin grandes revoluciones económicas, sin grandes revoluciones políticas: porque ¿cómo el vino nuevo podría ser conservado en viejos odres? Y éstas transformaciones, condicionadas por la previa infiltración del espíritu de vida, serán semejantes a las del parálítico, quien, en vez de revolverse de derecha a izquierda en su lecho de dolor, se levanta repentinamente, toma su jergón y marcha” (1).

El segundo de los caracteres esenciales de nuestra revolución es el de que sea fundamentalmente la revolución del hombre común, la revolución ascendente del pueblo.

Hasta ahora la gran mayoría de las revoluciones han sido realizadas por un pequeño grupo de hombres, inteligentes, decididos, audaces, que supieron captar la angustia profunda de los pueblos y presentarse a ellos como los fieles intérpretes y realizadores de sus más íntimas aspiraciones, de sus intereses más ciertos; pero que en el hecho, en gran parte al menos, impusieron a las multitudes sus propios puntos de vista y las dominaron, ya sea por el terror, ya sea por la mística y por la persuasión.

Sin ir más lejos, el propio ejemplo del éxito de la revolución rusa de 1917, y del fracaso de las revoluciones comunistas en Baviera, Hungría y Sajonia, es, al mismo tiempo que una negación histórica concreta de la dialéctica marxista sobre la evolución del régimen capitalista, una prueba de la importancia que tiene el factor hombre en la historia. Pues si bien en todos éstos últimos países preexistían las condiciones materiales e históricas más apropiadas para la implantación de un régimen comunista, no existió en ellos por el contrario un “oportunista de genio” como fué Lenin. Y en cambio donde este existió, y donde al mismo tiempo las condiciones eran según la tesis marxista más opuestas al desarrollo de una revolución comunista, lo que era el caso de Rusia, esta tuvo lugar.

La revolución comunista tal como ella se ha realizado y se sigue realizando hoy día en gran número de países, hasta comprender ya la mitad del universo, aunque se hace en nombre del hombre común,

(1) Charles Journet, “Exigences Chrésiennes en Politique”.

no es sin embargo realizada por él. Ella es en el hecho, en gran parte al menos, una revolución llevada a cabo por una “élite” minoritaria y audaz o traída por un ejército ocupante; es impuesta desde arriba a una masa que sólo en parte participa activa y concientemente en ella, lo que le da un carácter primordialmente descendente; y es finalmente realizada totalitariamente por un Estado omnipotente y todopoderoso que no reconoce nada superior al derecho supremo del éxito de la revolución y frente al cual no existe otro derecho que valga.

Nuestra revolución en cambio debe ser esencialmente la revolución del hombre común. Ella debe tener un carácter primordialmente ascendente; ser orientada sólo desde arriba por el Estado, pero su impulso principal debe partir del hombre concreto y de los organismos que lo rodean inmediatamente (familia, comunidad de trabajo, asociación profesional, comunidad territorial de base, asociación para las necesidades fundamentales de vida, etc). En nuestra revolución el pueblo ya no debe ser instrumento ciego de la voluntad de algunos hombres. Ella, sin desconocer la necesidad de jefes superiores en el plano del pensamiento y de la acción, que la orienten y dirijan, debe ser ante todo la revolución personal de cada uno de los que por ella combaten y el fruto de la acción colectiva y conciente del pueblo organizado. Su rasgo esencial debe ser la participación activa y conciente de todos los hombres que en ella estén empeñados, cada uno en su plano propio.

Y esto nos parece fundamental. En efecto, estamos hoy viviendo en una época en que la evolución de la Civilización de las Máquinas, sin ese suplemento imprescindible de alma humana que las acompaña de que hablaba Bergson, está tan avanzada, con sus inmensas y crecientes tragedias de crisis económicas de sobreproducción inconcebibles en un mundo subalimentado y sub-equipado; de guerras, de matanzas en masa, de pérdida de la conciencia de la dignidad humana; que hoy día ya nos parece casi imposible que la revolución que es necesaria, pueda imponerse a la sociedad sólo desde arriba. A lo más, esta revolución puede ser ayudada y orientada en su desenvolvimiento por los dirigentes de las naciones y por todos aquellos responsables superiores de la organización política, económica y social, que comprendan su imperiosa necesidad. Pero, si esta revolución no germina en el interior de las sociedades, si no trabaja desde sus profundidades, si no brota ante todo en la conciencia y en la voluntad de los hombres que forman el pueblo, si no surge a la superficie como un impulso expansivo y diverso como la vida, pero de fuerza tremenda y múltiple, que vaya destruyendo este círculo infernal de energías ciegas desencadenadas y de materialismo declarado o simulado bajo principios espirituales, que oprime al hombre por



todas partes; no podrá ser. Esta revolución, o será la revolución del hombre común, o no será.

El mundo está hoy día tan lanzado en su camino hacia el despeñadero, hacia la materialización absoluta, hacia la deshumanización del hombre; por el empleo tanto por las dictaduras como por las llamadas democracias, de los métodos de la máquina y de la técnica, para realizar una sociedad de centralización cada vez más totalitaria y una economía de concentración, de producción en masa, no para servir al mayor número de hombres, sino que para dominarlos y para utilizar mejor el material humano; de guerras universales cada vez más sangrientas y destructivas, como consecuencia de lo anterior; que nos parece que es ya imposible que los gobernantes, por más poder que tengan, y por más que se dieran cuenta del peligro y trataran de remediarlo, lo que tampoco por desgracia sucede, puedan por sí solos torcer rumbos de una manera efectiva. Si no se produce este movimiento ascendente de los pueblos, esta negativa rotunda formada en la conciencia del hombre común, a seguir rodando hacia el abismo; no habrá tal vez solución. Y en este caso no sería extraño que si el mundo lograra salvarse por un milagro de su autodestrucción y pudiera organizarse racionalmente, de acuerdo con qué otras nuevas técnicas más perillismo norteamericano de Taylor o de Ford, o con los métodos stakhanovistas de los soviets, o quien sabe de acuerdo con que otras nuevas técnicas más perfeccionadas que hoy día no podemos siquiera prever, llegaríamos tal vez a vivir en "un mundo feliz", como aquél tan magistralmente descrito por Aldous Huxley, en el cual a lo mejor se encontraría suprimida la pobreza material, el esfuerzo, aún el dolor; pero en el que también se encontraría suprimido todo aquello que permite al hombre ser hombre, como la libertad, el amor, la emoción, la nostalgia, la religión, el ensueño, el arte, y el espíritu de revuelta contra la injusticia y la opresión del mundo y del hombre.

El tercero de los caracteres fundamentales de nuestra revolución es el de que las nuevas instituciones y estructuras que tratemos de instaurar en reemplazo de las instituciones y estructuras capitalistas, estén orientadas en un sentido comunitario. ¿Qué significa esto? Significa esencialmente dos cosas.

Por un lado, la concepción de que al actual desarrollo técnico de la humanidad debe corresponder una organización económica y social de tipo comunitario de los sistemas de producción, todo lo cual conduce a la sustitución del régimen de propiedad privada capitalista sobre los instrumentos colectivos de producción por un régimen de propiedad comunitaria sobre los mismos. En esta concepción el concepto de propiedad se encuentra reemplazado por el de seguridad. En el mundo de hoy "los argumentos

dados corrientemente en favor de la propiedad se encuentran privados de valor. Se dice propiedad cuando habría que decir concesión institucional de seguridad. Seguridad en el uso del instrumento y en el ejercicio de la profesión, seguridad de obtención de una cantidad suficiente de productos vitales, seguridad de goce de una habitación decente, seguridad de libertad. Tales seguridades no podrán obtenerse en lo sucesivo, sino que en un régimen más o menos comunitario, cuyas modalidades de realización podrán por otra parte, variar hasta el infinito" (1).

Significa por otro lado que es solamente en una organización económica, política y territorial de tipo comunitario, donde el hombre moderno podrá encontrar las condiciones ambientales indispensables para un más pleno desarrollo de su personalidad, ya que al mismo tiempo que le evitará caer en el pernicioso individualismo liberal, lo salvará del gran mal de la hora presente, lógica y directa consecuencia del individualismo anterior: el espíritu de concentración. Concentración de poderes políticos que se traduce en totalitarismo, concentración de capitales que se traduce en tiranía económica, concentración de masas humanas que se traduce en condiciones inhumanas de vida. Es necesario desconcentrar en el más extenso sentido de la palabra. Es imprescindible hacer florecer, robustecer y dar autonomía propia, a todos aquellos organismos intermedios colocados entre el Estado y el Individuo: las familias y las agrupaciones de familias, las asociaciones profesionales y cooperativas de todo tipo y las federaciones de asociaciones, las comunas y los movimientos comunales, etc., etc. Y todas éstas fuerzas colectivas organizadas, deberán tener cada vez mayor ingerencia en la economía, en la política, en la organización social. En último término, la revolución comunitaria no será otra cosa que el florecimiento armónico de todos éstos, grupos colectivos, pequeños o grandes, a través de los cuales la persona podrá realizar su más amplio y rico desarrollo, y que van desde la familia o pequeñas comunidades familiares hasta las asociaciones de naciones, todos ellos orientados hacia la paz, hacia el bien común, hacia la justicia, hacia el respeto de los derechos esenciales de cada hombre, hacia la fraternidad universal.

La lucha por la instauración de estas instituciones y estructuras comunitarias que reemplacen a las capitalistas, es pues hoy día la tarea fundamental de todas las fuerzas políticas orientadas hacia el bien común. Esta acción deberán realizarla en dos sentidos. Por un lado, y mediante el contacto íntimo con el pueblo, deberán tratar de crear conciencia en la multitud de la necesidad de una actitud revolucio-

(1) Louis-Joseph Lebret. o. p., Revista "Política y Espíritu", N° 33.

naría orientada en el sentido comunitario. Y por otro, tratando de llegar al poder de los Estados, crear desde arriba el marco comunitario general al interior del cual podrán desarrollarse con éxito las infinitas formas comunitarias que la diversidad de las condiciones y el diferente grado de evolución de los pueblos harán surgir desde la base. Se producirá así un proceso de interacción profunda entre el Estado y el hombre común expresado a través de sus múltiples asociaciones, interacción que es fundamental al desarrollo de la revolución comunitaria. Es imprescindible eso sí que en este proceso el Estado no olvide los límites de su acción, que no consistirá en imponer una voluntad absoluta y tiránica a todas las formas de vida individual y social que florezcan en las distintas colectividades, como es su tendencia actualmente. Su papel deberá ser el de orientar y no imponer, ayudar, coordinar y dirigir, con firmeza, pero también con elasticidad y respeto por las autonomías y dignidades propias del hombre y de sus asociaciones y por las múltiples y variadas formas que toma la vida, todos aquellos auges comunitarios particulares, para hacerlos convergir hacia el bien común. Aquí como en otros planos lo fundamental es

aproximarse lo más posible al justo equilibrio dinámico, resultante de la acción conjunta de los diferentes elementos sociales.

Y a medida que las nuevas instituciones y estructuras comunitarias se vayan instaurando y desarrollando se producirá un segundo proceso de interacción, esta vez entre ellas y los hombres que las vivirán, proceso que acelerará considerablemente el desarrollo de la revolución comunitaria.

Y al terminar esta primera parte, no podemos dejar de reafirmar una vez más nuestra creencia de que este es el único camino que se nos ofrece en el momento histórico en que vivimos, para crear un mundo a la medida del hombre; que no será otra cosa que un mundo de mesura y buen sentido, que equidiste siempre de los extremos que se lo disputan y esclavizan: Individuo y Estado, Uniformidad Absoluta y Diversidad Absoluta, Totalitarismo y Anarquía. La revolución comunitaria si no es la única posible en éstos momentos, es la única verdadera, pues ella sola traduce en la realidad histórica concreta la naturaleza íntima del hombre, ser hecho de espíritu y de carne.

# Política NACIONAL

## LA ELECCION PRESIDENCIAL

El Jueves 4 de Septiembre se efectuó la elección de Presidente de la República, triunfando en ella por amplia mayoría el General don Carlos Ibáñez del Campo.

El resultado de la elección, de acuerdo con lo informado por el Ministerio del Interior, fué el siguiente: don Carlos

Ibáñez, 432.920 votos; don Arturo Matte, 252.648 votos; don Pedro Enrique Alfonso, 183.878 votos, y don Salvador Allende, 51.984 votos. Las cifras definitivas no se conocerán hasta que los Colegios Escrutadores terminen su labor de recuento de los votos.



Cabe destacar, ante todo, que el acto electoral se realizó en forma que prestigia a nuestra democracia. Pese a algunas incitaciones a la violencia, el pueblo mantuvo una actitud serena y tranquila que habla muy en alto de su espíritu cívico. Expresó libremente su resolución —se juzgue ésta acertada o nó— eligiendo al hombre que estimó representaba mejor sus anhelos y aspiraciones. El cohecho, mal que se creía casi endémico en nuestro país, en nada pesó sobre el resultado de la elección y el Gobierno, contrariamente a lo sostenido por algunos, garantizó la libre expresión de la voluntad ciudadana. Estos son hechos de los que legítimamente podemos enorgullecernos.

La amplia mayoría obtenida por el señor Ibáñez en la jornada del 4 de Septiembre constituyó una sorpresa, incluso para la mayoría de los partidarios del candidato vencedor. Nadie o muy pocos esperaron o previeron el resultado de la elección.

Aun cuando el General Ibáñez no ha obtenido la

mayoría absoluta necesaria para quedar ya ungido como Presidente electo, y debe el Congreso Nacional elegir entre los dos candidatos que obtuvieron las más altas mayorías relativas, es un hecho, indiscutido e indiscutible, que el Parlamento sólo podrá sancionar el resultado de las urnas, que le diera a aquél tan abrumadora mayoría, designándolo Presidente de la República.

Así lo han reconocido el Gobierno, los candidatos derrotados y las diversas colectividades políticas que apoyaron a éstos.

El General don Carlos Ibáñez del Campo es el hombre a quien el pueblo de Chile ha designado como Presidente de la República.

### CRISIS DEL REGIMEN PARTIDISTA CHILENO

El sorprendente triunfo del General Ibáñez es algo que no puede juzgarse en forma superficial. Tiene él una significación honda y profunda que debe ser objeto de

detenido estudio y meditación por cuantos actúan en la vida pública o se interesan por su desarrollo. No es nuestro propósito hacer aquí un análisis como el que requiere el fenómeno evidenciado en esta elección. Nos limitaremos sólo a destacar algunos hechos que estimamos de importancia y a sentar algunas conclusiones a las que es posible llegar mediante un rápido examen de lo ocurrido.

En primer término, es evidente que el triunfo del señor Ibáñez significa una verdadera revolución en la política chilena. El cuadro partidista tradicional ha sido trastornado en forma tan profunda que no resulta aventurado afirmar que ya el panorama político no volverá a ser igual y ni siquiera semejante, al que hasta ahora hemos conocido.

La derrota de los candidatos de los hasta ayer grandes partidos políticos chilenos, y la aparición, informe todavía, de nuevas fuerzas políticas a través de las cuales deberá encontrar expresión el movimiento de opinión que llevara a la victoria al General Ibáñez, son hechos cuya trascendencia no puede desconocerse ni ignorarse.

Ha quedado en evidencia la profunda crisis que afectaba a las colectividades políticas chilenas, ninguna de las cuales representaba con acierto, en este momento, los deseos y aspiraciones de la gran masa de la población. El triunfo del General Ibáñez aparece,

por lo mismo, como la expresión de un sentimiento general de repudio hacia los partidos políticos.

En diversas oportunidades habíamos señalado desde estas mismas páginas la necesidad de que los partidos políticos chilenos se percataran de la situación porque atravesaban. Sin embargo, jamás imaginamos que el fenómeno alcanzara ya tal intensidad y que fuera tan completo el divorcio entre aquéllos y la gran masa de la opinión pública. Creíamos que aun era tiempo para que, mediante una superación y rectificación de rumbos, los grupos partidistas democráticos y progresistas pudieran mantener la confianza popular que estaban perdiendo. Los hechos han demostrado que era tarde. El pueblo ya no creía en ellos y había colocado sus esperanzas en la renovación que ofrecía el General Ibáñez.

Investigar y analizar una a una las causas de la crisis de nuestro régimen partidista, es tarea que puede ser necesaria, pero cuya realización excede de nuestros propósitos al brindar esta visión de los acontecimientos políticos chilenos. No es tampoco el momento de señalar responsabilidades ni culpables. Todos cuantos han actuado en la política chilena —en mayor o menor grado— han contribuido a conducir al país a la actual situación, llena de riesgos pero no carente de posibilidades.

### LOS GRANDES VENCIDOS

Resulta de interés analizar la situación en que han quedado los distintos partidos políticos chilenos derrotados en la elección presidencial.

Cabe afirmar, desde luego, que los partidos de derecha quedan en situación muy desmedrada. Si bien conservan sus fuerzas básicas, unidas en torno a los intereses comunes, aparece evidente que ellos no están ya en situación de pretender asumir un papel rector en la política chilena. Si algo ha quedado en claro en estos momentos en nuestro país es que las tendencias que propugnan la defensa del capitalismo liberal constituyen una minoría y que es prácticamente imposible que puedan dejar de serlo.

Nunca en otra oportunidad una elección presidencial había sido afrontada en mejores condiciones por los partidos de derecha. Formaban un conjunto sólido y homogéneo; presentaban como candidato a un hombre cuyos relevantes méritos nadie podía desconocer; contaban con la ventaja que significa el aparecer co-



mo el más poderoso bloque de oposición al Gobierno, que se vio era objeto de repudio casi general, y disponían de la inmensa influencia que da el poder del dinero. Sin embargo, no lograron la victoria y, por el contrario, fueron derrotados por amplio margen.

La derrota de la derecha se explica sólo por el hecho de que sus planteamientos políticos, económicos y sociales resultan anacrónicos y no encuentran por ello eco ni acogida en la gran masa del país, que busca formas de expresión más acordes con las inquietudes actuales.

El Partido Radical, eje y centro del Gobierno desde 1938, año en que llegara al poder al ser elegido Presidente de la República don Pedro Aguirre Cerda, aparece como el gran derrotado en esta elección. Aun con el desgaste natural a catorce años de gobierno ininterrumpido, esta colectividad política aparecía como la más poderosa del país. Por el número de sus militantes y de sus parlamentarios, por la influencia de que disponía a través de la administración pública y por la categoría del candidato que presentaba, sólo cabía suponer que nuevamente obtendría el triunfo en la jornada del 4 de Septiembre. Se reforzaba tal impresión al ver al candidato radical apoyado por diversas otras fuerzas que debían significarle un efectivo aporte de votos.

Todo ello no era, sin embargo, más que apariencia y ficción. Una serie de errores y desaciertos, hábilmente explotados por la oposición, fueron creando un sentimiento de repudio hacia el Partido Radical que minó totalmente su poderío.

Los partidos de derecha, por intermedio de la prensa, que en su mayor parte controlan, y de sus parlamentarios, y los comunistas, por medio de una intensa campaña de desprestigio del radicalismo y de sus hombres, fueron, por curiosa paradoja, quienes más contribuyeron a crear en el país las condiciones que hicieron posible la derrota del Partido Radical y el triunfo del General Ibáñez. Creyendo trabajar en su propio beneficio, sembraron el descontento, criticando todo, lo malo y lo bueno, lo erróneo y lo acertado, y labraron así su propia derrota junto con la del radicalismo.

El Partido Radical afronta evidentemente la crisis más grave de su historia y si no es capaz de encararla en debida forma, puede llegar incluso a desaparecer como entidad política de importancia. Desde luego, al igual que las demás colectividades derrotadas, deberá encarar en Marzo del año próximo una posible enorme disminución de sus parlamentarios y, consiguientemente, de su influencia, ya hoy día seriamente reducida por la pérdida del Gobierno.

Para colectividades como el Partido Democrático y el Socialista de Chile, la elección sólo ha venido a ser la confirmación de su carencia total de significación dentro del panorama político chileno.

El Partido Comunista es otro de los grandes derrotados. Cometió el error de fundar su política en un triunfo del candidato de la derecha, desestimando las fuerzas del ibañismo a las que inicialmente había brindado su colaboración. Levantó junto con un grupo socialista la candidatura del senador Dr. Salvador Allende, en la convicción de que así lograría llegar a convertirse, sobre todo después de la vuelta de la derecha al poder, en el eje de una oposición popular. Y sólo logró en esta forma desvincularse de la gran masa de los trabajadores, que brindaron su apoyo al General Ibáñez, y encara ahora a un rival temible que le disputará en excelentes condiciones el control definitivo del proletariado chileno. No es aventurado predecir, para los próximos años al menos, la derrota del comunismo en esta lucha, lo que lo llevará a desempeñar un papel secundario en la vida política chilena.

#### LOS GRUPOS DE INSPIRACION SOCIAL CRISTIANA



Las dos colectividades políticas de inspiración social cristiana, el Partido Conservador y la Falange Nacional, como integrantes de la combinación de centro-izquierda, figuran también entre los derrotados en la elección presidencial.

La situación de cada una de ellas aparece, sin embargo, muy diferente.

El Partido Conservador Social Cristiano, tras de haber sufrido serios quebrantos internos a lo largo de la campaña presidencial, causados por las defecciones en favor de la candidatura de derecha y de la del General Ibáñez, afronta ahora una situación particularmente difícil.

En estos momentos en que impera el desconcierto en los partidos vencidos y se ignora aun qué criterios prevalecerán en ellos, resulta difícil si no imposible hacer conjeturas sobre el futuro de su acción.

Los conservadores social-cristianos deberán optar entre varios caminos: o continuar una política de seria y efectiva inspiración doctrinaria, estrechando sus relaciones con la Falange Nacional, o fusionarse con los conservadores tradicionalistas, reestructurando el antiguo Partido Conservador o, bajo la dirección de los

elementos que adhirieran a la candidatura del General Ibáñez, ir a formar parte de los grupos que apoyarán al nuevo gobierno. El primer camino, que parece el más lógico y natural, podría llevar a la estructuración, ya en forma seria, de un Frente Democrata Cristiano, cuya importancia futura podría llegar a ser de primera magnitud.

La Falange Nacional, si bien afrontó unida y sin defecciones la campaña presidencial, encara también un futuro duro y difícil. Tras de haber pretendido, durante todo el período de gestación de la candidatura presidencial de centro-izquierda, lograr una solución de base más amplia, acorde con la realidad del momento y que por ello contara con un efectivo apoyo popular (ver Nos. 67, 68 y 69 de "Política y Espíritu") cedió finalmente ante el criterio de sus aliados y apoyó al candidato designado por éstos.

Los hechos han demostrado que estaban en lo cierto aquellos dirigentes falangista que estimaban que la combinación de centro-izquierda, unida en torno a un candidato radical, aun cuando éste fuera una persona de la categoría del señor Alfonso, no lograría triunfar en la elección presidencial. Tal criterio fué combatido incluso en el seno de la propia Falange Nacional y no encontró acogida alguna en los demás partidos integrantes de aquella coalición política, todo lo cual impidió que el pudiera prevalecer.

Ahora la Falange Nacional, si bien tiene a su haber la ventaja de mantener prácticamente intactas sus fuerzas, pues no se ha quebrantado su tradicional disciplina, afronta también el problema, común en estos momentos a todos los partidos derrotados, de que la gran masa de la opinión pública se siente interpretada y representada por los grupos y sectores que dieron su apoyo al candidato vencedor General Ibáñez.

Aparece claro que el cambio total del panorama político chileno, producido por el triunfo del "ibañismo", puede limitar en forma seria las posibilidades inmediatas de crecimiento y expansión de las fuerzas de la Falange Nacional. Sin embargo, por encima de las apariencias, lo ocurrido puede también significar ventajas para un partido como éste, al abrir posibilidades que antes no existían o que no aparecían claramente a la vista.

Para la Falange Nacional es indispensable en estas circunstancias efectuar una profunda revisión de su política, a fin de ir a la realización de una, acorde siempre con su inspiración doctrinaria, seria y eficaz, pero que responda también a las exigencias de la nueva situación creada.

El país vive un momento en que grandes sectores del pueblo buscan nuevas formas de expresión política. Un auténtico social-cristianismo, realista y crea-

dor, presenta también una respuesta a esas multitudes en demanda de un nuevo camino.

## EL FUTURO

El General don Carlos Ibáñez del Campo obtuvo su aplastante victoria contando con un muy escaso y heterogéneo apoyo partidista. Su triunfo se debió a la adhesión y confianza de una inmensa masa de chilenos, ajenos a los partidos políticos o que abandonaron éstos para seguirle a él.

En esto reside la fuerza y la debilidad del nuevo Gobierno.



En efecto, por una parte, el General Ibáñez, con la confianza puesta en él por tan amplios sectores del país, se encuentra en situación inmejorable para imponer y hacer prevalecer su criterio personal sobre el de los grupos que le dieran su apoyo. Estos sólo cuentan y valen en la medida en que el nuevo Mandatario les otorgue su respaldo. El pueblo ha colocado su fe y su esperanza en la persona de aquél y no en éstos.

El nuevo Presidente dispondrá así de un precioso instrumento para su acción de Gobierno. El pueblo aceptará sacrificios que no toleraría impuestos por otro gobernante y consentirá gustoso en seguir el camino que aquél le señale. Podrá plasmar y dar forma a su voluntad a la política que desee seguir y si ella es acertada, le significará dar vida a un movimiento de incalculables proyecciones para el futuro del país.

Pero esto presenta la debilidad inherente a todo personalismo. Si el gobernante carece del genio creador necesario para encauzar el movimiento que lo apoya, para darle un contenido y señalarle una tarea para realizar, éste se desintegrará poco a poco y llegará el momento en que aquél dejará de contar con el apoyo del pueblo y sólo podrá mantenerse en el poder por la fuerza.

Por otra parte, es indudable que las colectividades que contribuyeron al triunfo del General Ibáñez, entre las que sólo cabe considerar como tales el Partido Socialista Popular y el Agrario-Laborista, tratarán de desarrollarse y adquirir verdadera fuerza y consistencia. Y no es imposible que logren alcanzar tal objetivo. En tal caso, por ese camino podría quizás llegarse a dar un carácter más impersonal y estable al nuevo Gobierno.

Tampoco es inverosímil que el ibañismo, en su conjunto, dé forma a una nueva colectividad política, la que, por lo heterogéneo de su composición social y dispar orientación ideológica, no tendría más factor de unidad que la adhesión al General Ibáñez. Tal partido sólo podría subsistir en la medida en que aquél lograra, desde el Gobierno, encauzarlo y dirigirlo.

Todas estas posibilidades no están exentas de graves riesgos. Es indudable que diversos sectores que apoyan al General Ibáñez tienen una clara inspiración totalitaria, de tipo fascista, la que podría prevalecer y dar contenido al movimiento ibañista. Tal posibilidad significaría el más serio peligro que ha encarado nuestra democracia a lo largo de su historia.

Un hecho es, en todo caso, indiscutible: el nuevo Gobierno cuenta con un amplio respaldo popular, el que le permitirá, sin lugar a dudas, conquistar en las elecciones de Marzo del año próximo, una amplia mayoría parlamentaria. Contará, pues, con todos los elementos necesarios para gobernar y el buen o mal resultado que obtenga en tal tarea, sólo dependerá de su capacidad para encarar los problemas que afronta el país.

Difícil tarea es predecir el futuro en momentos como estos, de renovación y de gestación de nuevas fuerzas. Sólo el porvenir podrá dar respuesta definitiva a las interrogantes que plantea la nueva situación creada en nuestra patria.

## Política INTERNACIONAL

### TOYNBEE QUERRIA VOTAR EN U.S.A.

Hablando medio en serio medio en broma, A. J. Toynbee, el conocido historiador inglés decía no hace mucho, en una reunión privada, que “considerando que el porvenir de Inglaterra depende del partido que tome el poder en Estados Unidos después de las próximas elecciones, es

inadmisible que los ingleses no participen en la designación del futuro Presidente americano”. El *humour* británico es, en el fondo, muy serio y, en el caso de Mr. Toynbee ello aparece comprobado por lo que, sobre la misma materia, expresó, nada menos que en los Comunes Mr. Aneurin Bevan, al pedir que la muy honorable corporación se declarara en receso hasta después de las elecciones presidenciales norteamericanas. Entretanto ¿qué se podía hacer?...

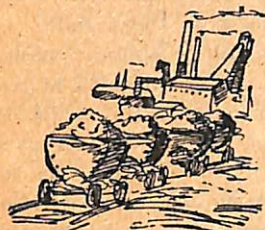
La verdad es que la designación del futuro Presidente de los Estados Unidos y la posibilidad de un cambio total en la administración y de variaciones en la orientación de la política exterior norteamericana, preocupa gravemente a los políticos europeos, que si-

guen el desarrollo de la campaña con más interés que muchos millones de electores de Texas o California.

Para los primeros, la posibilidad de la elección de Taft en la convención republicana de Chicago era una perspectiva muy poco agradable, de modo que las expresiones de simpatía que provocó la designación de Eisenhower pueden estimarse como perfectamente sinceras. Mas, por otra parte, son igualmente sinceras las sombrías conjeturas que surgen al Este del Atlántico al considerarse las proyecciones del posible triunfo de un hombre tan “europeo” como el ex-generalísimo de la NATO. “El triunfo de Eisenhower en Noviembre —se preguntaba el *Times* de Londres— ¿significará que el senador Mac Carthy, por ejemplo, triunfará en Wisconsin y que otros aislacionistas y reaccionarios se salvarán de la derrota?”.

La oposición republicanos-demócratas en materia de política internacional no se plantea ya en la neta contradicción aislacionismo-internacionalismo que enfrentó a Wilson y Harding, por ejemplo. Aquello corresponde a una situación ya superada. Como hace poco lo repetía el presidente Truman a sus conciudadanos, es ahora un hecho que todas las naciones son vecinas, les guste o no les guste. Y a muchos norteamericanos no les gusta, aunque, naturalmente, reconozcan el hecho de la vecindad, y esta situación es más complicada y desorientadora que la clara oposición anterior.

## LA OPCION REPUBLICANA



En Eisenhower el Partido Republicano barrido de la Administración Federal hace más de veinte años, ha encontrado la mejor oportunidad para recuperar el poder. Este —ya se sabe!— gasta y corrompe a los hombres y a los partidos que lo ocupan durante mucho tiempo, y éste es uno de los más socorridos argumentos de los republicanos en su campaña electoral. En efecto, las investigaciones llevadas a cabo en los últimos dos años han revelado la corrupción existente en algunos sectores de la Administración servidos por hombres del partido de Truman, pero ha sido, precisamente un demócrata, Kefauver, el que ganó fama en la investigación de no pocos de esos sucios asuntos. Por otra parte, en la historia política de los Estados Unidos han sido los republicanos quienes más se han distinguido en esa materia, pues durante la larga época de su predominio en el gobierno, que coincidió con el vertiginoso desarrollo de los trusts, aparecieron sus hombres comprometidos en los más fabulosos "negociados" de la historia moderna. Pero desde entonces ha pasado mucho tiempo... Y esa es la diferencia (también allá).

Por su parte, los demócratas han contraatacado, y las investigaciones sobre la existencia de un cartel clandestino del petróleo, que habría costado un centenar de millones de dólares al fisco norteamericano, no está enderezada, precisamente, a aumentar la popularidad de las grandes empresas que apoyan a los republicanos. Tampoco podría decirse que la actitud de los productores de acero en la última huelga, que incidió gravemente en el desarrollo del programa de rearme, haya favorecido mucho a los republicanos, al menos en los sectores del trabajo organizado, que representan 8 millones de votos. Sin embargo, es evidente que en éstos la personalidad de Eisenhower encuentra una acogida que Taft no hubiera podido ni soñar. A raíz de la convención republicana de Chicago, un observador europeo estimaba que un 15% de esos elementos podrían concederle sus votos a Eisenhower y una encuesta llevada a cabo, más recientemente, por el Instituto Gallup (que Truman tuvo tan a mal traer) ha hecho subir esa proporción casi al doble. El hecho es que los dirigentes obreros han anunciado oficialmente que sus organizaciones apoya-

rán a Stevenson y que éste ha prometido que pedirá la derogación de la ley Taft-Hartley, lo que Eisenhower, por cierto, se guardará muy bien de hacer, tanto más cuanto que, en el hecho, el sonriente general no cuenta hasta ahora con la adhesión completa de la "máquina electoral" del partido, afecta a Taft, y Taft, después de su derrota se marchó al Canadá a disfrutar de unas largas vacaciones, que su victorioso contendor ha tenido que pedirle acortar un poco para que se incorpore a la campaña republicana.

Por otra parte, Eisenhower cuenta con el apoyo de la gran industria pesada, del Noreste en especial. Ford y los Dupont de Nemours están entre los que le han ofrecido su apoyo, al igual que los grandes bancos internacionales, lo que le obliga a ser muy cauteloso en materias económicas sociales, pero le permite o más bien le hace hablar de política internacional dando puñetazos en la mesa, como nunca lo hiciera cuando era militar.

Son esas mismas empresas las que deberán soportar el grueso de los gastos de la campaña electoral republicana. Estos tendrán que ser forzosamente enormes si se considera que una simple elección senatorial en 1950 costaba, término medio, alrededor de un millón de dólares; la del propio Taft, como senador de Ohio costó cerca de 1.800.000 dólares.

## NUNCA COMO AHORA



Por su lado, también los demócratas tienen sus proveedores de fondos y entre éstos se cuentan los que son, a la vez, altos funcionarios del Estado y millonarios, como Harriman, (que fué precandidato demócrata) o David Bruce, a quien su puesto de Embajador en Argentina le costó —según se dice— 100 mil dólares para los fondos del partido.

Frente a la acometida republicana, los demócratas cuentan, sobre todo, con la ventaja que les da el hecho de que nunca había llegado el país a tan alto grado de prosperidad como el alcanzado bajo su gobierno. Todas las guerras, a contar al menos desde la de Secesión, han significado gigantescos impulsos para la producción norteamericana, y la de Corea aún des-

pues del *boom* extraordinario de la Guerra Mundial no ha hecho excepción a la regla. Ciertamente es que la historia del paralelo 38 le cuesta a los Estados Unidos más de 116.000 bajas (de las cuales 18.300 muertos hasta fines de Agosto último) y unos 14.000 millones de dólares, pero el propio candidato Eisenhower ha debido reconocer que Truman estuvo acertado al afrontar a los comunistas en la pequeña península del Asia y que de otro modo el país tendría que encarar ahora dificultades mucho mayores. Ciertamente es también que actualmente cada hombre, mujer y niño de los Estados Unidos tienen que pagar, término medio 557 dólares al año en impuestos federales, estatales o locales, con lo que se totalizan 86.000 millones de dólares, es decir un 22% más de lo que se pagaba cuando la última guerra estaba en su apogeo. De esa suma 46.500 millones se han destinado a las fuerzas armadas y más de 6.000 millones a ayuda al exterior, lo que también significa una inversión en la defensa, pero los republicanos no discuten tanto el monto de esas inversiones cuanto su distribución.

Si un nuevo período de inflación parece anunciarse en los Estados Unidos nunca como hasta ahora había sido tan grande el volumen físico de la producción ni habían alcanzado la renta nacional a cifras tan astronómicas. En el hecho, el costo de la vida ha subido para los norteamericanos muchísimo menos que para los europeos o sudamericanos. De 1948 a la fecha, el aumento ha sido del 28% para Gran Bretaña, 43% para Francia, 185% para Argentina y sólo 10% para los Estados Unidos, en circunstancias de que la renta per cápita en este país es, con mucho, la mayor del mundo. Sobre esta renta, los impuestos rebajan para la masa de los ciudadanos alrededor de un 12%, de modo que la carga impuesta a los norteamericanos por la posición internacional de su país no es abrumadora. Con todo, como lo advertía hace poco un informe de la Conferencia Nacional Industrial de los Estados Unidos, la renta neta real per cápita "al promedio anual del primer trimestre de 1952 fué sólo 1% superior a la de Junio de 1950 y realmente 7% inferior a la del tiempo de la guerra, en 1945", pero entonces sujeta a muchas limitaciones de consumo.

Si el impulso inflacionista desarrollado en el curso del presente año puede haber alterado más desfavorablemente esa relación, los demócratas no deberán encarar un electorado descontento. El peligro no está, pues, en el descontento sino en la desorientación, y Toynbee, al solicitar la participación del electorado inglés no dejaría de considerar, seguramente, ese hecho de incalculables proyecciones para la paz mundial.

Si Mr. Toynbee pedía participar en la elección del Presidente Norteamericano, Mr. Churchill participaba a su modo al declarar públicamente que él no tenía ninguna simpatía por las ideas de Foster Dulles, el pontífice republicano en materia de política internacional y participante activo en la diplomacia bipartidista. Ahora bien, las opiniones de Mr. Dulles no son un misterio para nadie. A fines de Noviembre del año pasado declaraba terminantemente que "el mundo libre no puede tener en jaque a la fuerza soviética, hombre por hombre y cañón por cañón, a lo largo de los 40.000 Kms. del perímetro de poder de la URSS. El tratar tan sólo de hacerlo significaría crear una carga económica aplastante que rebajaría en todas partes el nivel de vida. El mundo libre no sería fuerte en ningún punto y quedaría en todos al borde de la bancarrota". Por eso Dulles cree que las naciones atlánticas deben limitarse a crear una poderosa fuerza de intervención "y a contar más y más sobre el efecto calmante de esa amenaza, y menos sobre las numerosas defensas locales". Para ello se trata de "poseer en los lugares convenientes los medios de golpear las líneas de comunicación interiores de la URSS con un poder tan aplastante que ese Estado despótico y tan altamente centralizado caiga en pedruzcos".

Los estrategas del Pentágono parecen creer que esa fuerza tan aplastante sólo podría ser la aviación norteamericana, pues es evidente que las aún incompletas 50 divisiones de la NATO no pueden desempeñar ese papel frente a las 400 divisiones de la URSS. De allí que del presupuesto de defensa para el período Julio 1952-Junio 1953 casi 19.000 millones de dólares, o sea más del 40% esté destinado al incremento de la fuerza aérea. Este presupuesto con respecto al anterior importa un aumento de dos mil millones de dólares para las fuerzas de tierra y de casi 6.500 millones para la aviación, lo que pone de realce la preferencia otorgada a ésta.

Ahora bien, es evidente que las diferencias de puntos de vista de republicanos y demócratas sobre la política exterior norteamericana influyen sólo de manera muy relativa sobre la política militar del país, que determinan los técnicos del Pentágono, pero en último término o, al menos, en términos generales, la estrategia militar está determinada por la política, sin perjuicio de una interacción dialéctica entre ambas. Y es el caso que los políticos republicanos propician a la vez una intervención menos directa en Europa y una actitud más firme hacia Rusia, basan-



do entonces en el poder aéreo y en la supremacía atómica la fuerza capaz de respaldar esa política. Es ello lo que constituye el principio de la defensa periférica. Mientras la organización militar de la NATO no llegue a constituir una fuerza capaz de enfrentarse con la abrumadora superioridad numérica de la URSS sobre el continente europeo, la defensa periférica es la única con que puede contar el Pentágono. Esa forma de defensa, como se sabe, supone la evacuación del continente europeo ante un ataque ruso y el mantenimiento de bases en las líneas periféricas del Viejo Mundo: Inglaterra, Africa del Norte y, posiblemente, la Península Ibérica y el extremo sur de Italia. La política preconizada por algunos republicanos de la extrema derecha como Hoover, partidarios de un abandono completo de Europa por carecer sus países de la voluntad de lucha contra la URSS, no ha sido admitida por las autoridades militares. Ello se demuestra por la sintomática preferencia dada al desarrollo de los tipos de aviones de bombardeo a distancia mediana sobre los bombardeos a gran distancia. La fabricación de aquéllos ha ido aparejada con un gigantesco programa de construcción de bases aéreas en el perímetro europeo. Hoy por hoy y mientras no se realice la integración de Alemania en las fuerzas de la NATO es ésa la verdadera línea defensiva frente a un posible ataque ruso. Ahora bien ¿Esperarán los rusos que se realice esa integración con todas sus posibles consecuencias? ¿O en los próximos dos o tres años, antes que ella se haya efectuado, se adelantarán a dar el golpe? ¿O existe una tercera posibilidad? No sólo Truman ha estado sosteniendo que la tercera guerra no es inevitable sino que también Eisenhower y Stevenson lo han afirmado ante sus electores diciendo que basarán la política de sus posibles gobiernos en esa posibilidad. Pero el ardor de la campaña ha llevado a los republicanos a dar un énfasis peligroso a ciertas tendencias de su política exterior.

#### HASTA SUS ANTIGUAS FRONTERAS

Esas tendencias han tenido que ser enfatizadas por varias causas. Primeramente porque la elección de Eisenhower como candidato republicano hacía parecerse demasiado la política exterior ofrecida por los republicanos a la ya desarrollada por los demócratas. Eisenhower y su equipo son "europeos". Otra cosa hubiera sido de haber triunfado Taft con Mac Arthur, MacCarthy y el "lobby" chino, es decir el equipo y camarilla de políticos militares y hombres de nego-

cios que quieren dejar a Europa entregadas a su suerte para presentar batalla al comunismo en China, llegando incluso a desencadenar la guerra, si fuere necesario y conveniente. Por otra parte, en el plano de la política interior, las diferencias entre republicanos y demócratas no son notables, si no para los sindicatos norteamericanos, para el grueso del electorado, y ello también coadyuva a tratar de acentuar la diferenciación en materia de política internacional. Es por ello que el prudente Eisenhower se ha visto arrastrado, ante un pueblo intoxicado por cinco años de psicosis bélica a desarrollar espectacularmente las perspectivas del "roll back" en que hasta ahora sólo Mr. Dulles se había atrevido a insistir públicamente.

Hablando ante los ex-combatientes de la Legión Norteamericana en el Madison Square Garden en Nueva York, Eisenhower proclamó que "de una vez por todas, con fría determinación, debemos decir a los soviéticos que no reconoceremos su situación de prepotencia en Europa y que llegará el momento en que los pueblos de las tierras esclavizadas tendrán oportunidad en la plenitud de su libertad y a la luz de la seguridad internacional de elegir sus propios senderos hacia el futuro".

"Aún más —continuó Eisenhower— debemos decir a los soviéticos con determinación igualmente fría que jamás estará el Occidente contento hasta que la ola de lodo del comunismo haya retrocedido hasta dentro de sus propias fronteras". Y el candidato republicano terminó afirmando que *Occidente jamás podría conocer la tranquilidad* si los pueblos dominados por los rusos no son devueltos a la sociedad de los hombres libres y no dejan de cooperar con su esfuerzo a la construcción de la economía soviética.

Semejantes palabras tienen, por cierto, el mérito de formular con claridad la política que actualmente persiguen tanto el Departamento de Estado como el Pentágono, pero es evidente que su aserción pública y resonante tenía que provocar alarma en Europa e incluso en los sectores más conscientes de la opinión pública norteamericana. ¿Servirá tal tipo de declaraciones a la campaña electoral de los republicanos o resultarán ellas más bien contraproducentes? Ya lo dirán los comentaristas de los resultados de la elección que se efectuará el 4 de Noviembre próximo. En todo caso ellas sirven desde luego para dar pábulo a la propaganda comunista y a los temores de quienes ven en la diplomacia norteamericana un peligroso despeñadero hacia un nuevo conflicto. Entre *coexistencia o cruzada* frente el régimen comunista, Eisenhower, autor de "Cruzada en Europa", parece dispuesto a pronunciar por la cruzada.



La tan esperada propuesta rusa sobre las condiciones para una conferencia cuatripartita sobre el futuro de Alemania quedó formulada, por fin en Agosto y se espera que la respuesta occidental quede entregada a mediados de Septiembre. Es evidente que los soviéticos, como ya se ha dicho aquí,

están dispuestos a cualquier cosa para evitar la integración de Alemania en la alianza del Atlántico, pero es más que dudoso que lleguen a desencadenar la guerra para impedirlo. Su juego puede ser a mucho más largo plazo e infinitamente más sutil y arriesgado a la vez, pero reportarles también una ganancia enormemente mayor. En último término, estarían dispuestos a aceptar el rearme alemán si éste se produce a pesar de todos sus esfuerzos, y a aceptar incluso, una Wehrmacht como instrumento de una Alemania unificada. ¿Por qué? Porque el Kremlin cree, basándose en lo que hasta ahora ha sucedido, que es perfectamente posible que la Wehrmacht, convertida en el árbitro de Europa por el aventurado juego del Departamento de Estado, prefiera, llegado el caso, un entendimiento con Moscú a servir de punta de lanza europea a la política norteamericana.

Esta posibilidad es tanto más grande cuanto que Adenauer, al igual que los rusos, está jugando a postergar lo más posible la unificación de Alemania, si bien por motivos distintos. En efecto, la celebración en estos días de elecciones generales pangermanas barrería a los demócratas cristianos del gobierno ale-

mán, pero para las elecciones en Agosto de 1953, en marcha ya la remilitarización, la posición de Adenauer sería enormemente más sólida, y su mayoría sobre los 60 millones de alemanes del Oeste podrían absorber fácilmente los votos contrarios de los 18 millones del Este. Pero, al mismo tiempo, Adenauer habría perdido su posición preponderante basada en la superioridad de un solo partido y los demócratas-cristianos tendrían que aliarse con grupos de derecha para contrabalancear el aporte del Este a los social-demócratas, y este paso a la derecha favorecería la vuelta al poder efectivo del Ober Kommando de la Wehrmacht, tal como sucedió en la República de Weimar, cuando el Tratado de Rapallo con Rusia permitió la reconstitución clandestina del ejército alemán en territorio soviético. Los hombres del Kremlin saben que los generales alemanes saben que por mucho tiempo no tendrán sino muy poco que oponer a las 400 divisiones soviéticas y que Alemania sería devastada en una guerra larga, en la que el apoyo norteamericano a Europa podría consistir en bombardeos aéreos, con o sin bombas atómicas. Mas por otra parte, hay también el peligro de que una opinión alemana sobreexcitada exija reemprender la marcha hacia el Este, teniendo como primer objetivo la recuperación de las provincias perdidas al oriente de la línea Oder-Neisse y luego aquella vuelta total de la URSS a sus fronteras de antes de la guerra que Eisenhower declaraba ser el objetivo fundamental de la diplomacia norteamericana. Y la reconstitución del ejército y del poderío industrial de la Alemania de Occidente es el medio de conseguir ese objetivo. Sólo que los planes del Kremlin podrían estar basados, a falta de otra cosa mejor, en la posibilidad de que el instrumento tan cuidadosamente forjado se vuelva contra sus autores. No sería la primera vez, por cierto que ello ocurriera, y las naciones de Occidente tienen sobre este punto una amarga experiencia con respecto a Alemania.



## LA DERROTA DEL FANATISMO

La reciente elección presidencial deberá ser objeto de análisis, no sólo para los políticos, sino también para los doctrinarios. Entre aquellos que habrán de rectificar su posición están, sin duda, los sostenedores del pseudo religiosismo tantas veces denunciado en estas páginas. ¿Qué queda de esa campaña? ¿Qué porción de ciudadanos fué atraída por una propaganda según la cual la candidatura de Derecha se identificaba con la religión católica? Las cifras electorales muestran que los ciudadanos votaron por motivos políticos y no por escrúpulos religiosos. Nadie se preocupó demasiado por el hecho de que el señor Ibáñez es masón; nadie dió sus votos a la Derecha porque viera en su candidato la única posición católica. Quienes así puedan haberlo hecho no eran sino derechistas de tomo y lomo para cuya edificación no se hacía necesario escribir folletos de propaganda.

Asimismo, los que dejaron de votar por el señor Alfonso no fueron los que creyeron ver en él un enemigo de la Iglesia o de las ideas cristianas, sino simplemente aquellos que rechazaban la política concreta del Partido Radical.

Podría decirse aún que la abstrusa polémica religiosa, en que los tradicionalistas quisieron embarcar a medio mundo, provocó un justificado cansancio entre mucha gente.

Si la elección del señor Ibáñez sirve, por lo menos, para terminar con ese acostumbrado sectarismo doctrinario ya habrá significado bastante.

## LA RENOVACION DE LOS PARTIDOS

Otro de los temas que obligan a reflexionar es el que se vincula con el sistema de partidos. Nadie dudará hoy en Chile de que los ciudadanos votaron, en la citada elección, por una forma de acción pública que va directamente contra lo que el vulgo había llegado a identificar con los partidos políticos. Esto parece tanto más exacto cuanto que el repudio ha sido general. Los partidos de Derecha no consiguieron encauzar el deseo de renovación; los partidos de extrema Izquierda vieron cómo el pueblo votaba resueltamente por un caudillo sin ideología social y sin pasado revolucionario.

El hecho es suficientemente grave como para no dejarlo de mano. Ningún vicio de los partidos políticos puede ocultar la circunstancia de que, sin ellos, la opinión pública carece de órganos para expresarse. El sistema del caudillismo o del partido único viene a ser, en tal caso, el sustituto inevitable.

Lo anterior no significa que necesariamente el nuevo Gobierno derivará hacia ese objetivo, pero al menos se tiene el derecho a pensar que ello pueda suceder. Ahora bien, es aquí donde los partidos social cristianos deben, a nuestro juicio, repensar la noción misma de partido político, a fin de superar el mero politicismo y llegar a un tipo de organización en que la vida interna se haga más vibrante, cálida y múltiple, en que la juventud sea atraída, no sólo por los móviles políticos, sino también por el gozo de pertenecer a una colectividad que favorece poderosamente un activo intercambio intelectual y cultural entre sus miembros.

## SOBRE LA INDEPENDENCIA DEL POLITICO

Uno de los candidatos a la Presidencia de la República planteó, a través de su propaganda electoral, un problema digno de ser seriamente analizado. Se trata de la relación existente entre el jefe político y las fuerzas que lo apoyan. Para dicho candidato, resultaba posible ser el portavoz de un grupo de partidos sin, por eso, estar comprometido con ellos. Siempre quedaría libre la oportunidad para hacer un Gobierno nacional y utilizar los mejores valores de que se pudiera disponer.

Naturalmente, la tesis fué rebatida por sus opositores. Estos afirmaron que el candidato seguía siendo el hombre de los partidos que lo acompañaban y, en consecuencia, el servidor de sus intereses. Sin embargo, ha de decirse que los polemistas electorales no fueron siempre lógicos. En efecto, mientras algunos acusaban al señor Matte de no poder llegar a ser otra cosa que un gobernante de las capas reaccionarias, se insistía, en cambio, sobre el hecho de que la candidatura Ibáñez había de ser juzgada sólo por los actos cometidos por éste durante su pasado Gobierno. En esta forma, mientras se estrecha relación entre jefe y

fuerzas políticas se afirmaba en el primer caso, se la negaba rotundamente en el otro.

A nuestro juicio, la verdad está, —como siempre por lo demás—, en un punto de vista que recoge algo de las dos tesis extremas y eleva el problema a un plano superior.

La existencia de un lazo vital entre el hombre y el grupo no puede ser discutida. En el caso preciso de señor Matte, éste no habría podido sobrepasar el cuadro de las fuerzas de Derecha, sin provocar una ruptura. Era imposible, pues, no llegar a "traicionarias" si, en verdad, quería realizar la política prometida. De este modo, su reiterado propósito de mostrarse como un hombre independiente, encubría una especie de necesidad de ocultar su propia filiación partidista.

Pero, sin duda también, el hombre gobernante conserva un margen de libertad sin el cual se harían inexplicables los numerosos casos de evolución personal que la historia muestra. Todo depende, por lo demás, de las circunstancias concretas. El jefe puede imponerse y modelar el movimiento que lo acompaña; puede también limitarse a ser su intérprete. En el primer caso, correrá el riesgo de desviarlo y, en el segundo, de ser su siervo.

Lo que, en teoría, no es jamás aceptable es el pensamiento preciso en que se apoyaba el señor Matte. Este quería seguir siendo el genuino representante de los partidos de Derecha y, al mismo tiempo, actuar como si no existiese entre él y aquéllos ningún lazo, ninguna obligación en virtud de la cual los intereses grandes y pequeños de la Derecha debieran ser complacidos.

Esto es un caso de ingenuidad política y una falsa manera de plantear el problema.

Aun presentado por un hombre de los antecedentes y méritos del señor Matte, tal planteamiento no podía encontrar eco ni acogida en la opinión pública.

## UN APORTE A LA FUNDAMENTACIÓN DEL SOCIAL CRISTIANISMO

Los dos cuadernos recientemente publicados por el señor Carlos Vial no han de ser objeto de una publicidad estrepitosa. Que ellos serán sometidos a la táctica del silenciamento no es cosa que pueda ser puesta en duda. De allí que nos interese poner de relieve brevísimamente, en estas líneas, uno de sus aspectos sustanciales. El señor Vial muestra, a través de su estudio, la forma cómo, entre 1930 y 1950, la distribución de la renta nacional ha ido favoreciendo a los sectores económicamente fuertes y, en ningún caso, a los asalariados. Esto es importante tanto porque refuta la acostumbrada tesis derechista de que el capital está siendo expoliado por los trabajadores, como porque invita a reflexionar sobre el sentido de la evolución social ocurrida en los últimos años.

El problema planteado, y que el señor Vial sugiere, es el de saber qué sectores reciben el peso del crecimiento general que se observa en el país. Podría parecer que basta señalar unos cuantos hechos de progreso para deducir la existencia de un ritmo de auge y justificar así toda una orientación política. Pero, el problema se dificulta, ya que la ascensión de las clases medias, por ejemplo, podría estar ligada a un empobrecimiento de las más bajas. En esta forma, una política social aparentemente justa tendría el significado de una verdadera alianza entre la burguesía y la pequeña burguesía en contra del proletariado. Más aún, diversas capas proletarias pueden ser beneficiadas dentro de tal tendencia, pero a costa de otras que son sometidas a un proceso de subproletarianización.

He aquí pues hechos y sugerencias que el pensamiento social cristiano debe recoger con suma atención. Un estudio profundizado de las cifras y conclusiones que sobre todos estos aspectos proporciona el señor Vial, nos parece urgente para fundamentar un programa de acción concreta. Sin conciencia de tales cuestiones no hay política social cristiana digna de tal nombre.

# Los LIBROS

EL CRISTO DE ESPALDAS, por *Eduardo Caballero Calderón*.—Ed. Losada. Buenos Aires,



Hasta la aparición de esta novela el nombre de Eduardo Caballero era prácticamente desconocido del gran público. Si no fuera por una nota del editor de este libro, muy pocos sabrían que lleva ya escritos varios otros: *Breviario del Quijote*, *Tipacoque* y *Ancha es Castilla*, entre ellos. Quizá como serán, pero esta sola obra basta, y hasta sobre casi, para colocarlo entre los mejores novelistas de nuestro continente cuando en éste la novela va alcanzando un grado de sorprendente perfección. Si en algo la novela hispanoamericana iba resultando inferior a la europea era en su menor tensión espiritual, en que tenía una carga o potencial ideológico inferior. Si una novela de Graciliano Ramos, *Angustia*, verbigracia, por la elevada calidad de su factura técnica y su densidad y penetración psicológicas puede compararse con cualquiera escrita por un europeo, la pobreza de nuestra vida interior y de nuestro bagaje intelectual hacían que, en general, la novelística de esta América careciese, por una parte, de "ideas", y por otra, de entronque con la realidad actual. Las diversas formas de criollismo o descriptivismo se han limitado a *ver* la realidad exterior pero no llegaban a *pensarla*. Es esta forma de encarar los hechos del mundo objetivo la sola capaz de dar a la novela esa especie de cuarta dimensión que potencia en forma dramática sus cualidades "artísticas". Por lo demás, las grandes creaciones literarias, desde la *Iliada* hasta la "Comedia Humana" (pasando por la "Divina") han sido obras actuales que gracias, precisamente, a su profunda actualidad con relación al tiempo en que fueron escritas, no la han perdido ni centenares de años después. Sobre este problema con relación a la novela hispanoamericana, Luis Alberto Sánchez en un capítulo de su "América, novela sin novelistas" (lo mejor, quizá, que ha salido de su fértil pluma) ha escrito lo suficiente, y suficientemente bien, como para que sea difícil decir novedades.

El hecho es que Caballero, con un agudo sen-

tido de lo actual, ha planteado en su novela un candente problema de su patria colombiana, desgarrada entre "liberales" y "conservadores". Pero ese problema se enfoca en forma de que aparece conectado con una cuestión mucho más trascendente, y que es la del papel de la Iglesia Católica en un mundo dividido por odios sangrientos en bandos irreconciliables, uno de los cuales quiere monopolizar la verdad cristiana para convertirla en espada y coraza contra sus enemigos. Premeditadamente quizá, el autor ha querido demostrar, él también, la verdad de aquello de que se es universal pintando bien la propia aldea, y ha situado la acción de su novela en un poblacho perdido en el páramo colombiano, el último rincón del mundo, entre gentes rústicas y primitivas. Y para que el relato no se le durmiera entre las manos lo enmarcó en sólo cinco días, lo que se aproxima tanto a una de las tres clásicas unidades del teatro como al periodo de tiempo a que se refieren las crónicas periodísticas. Eso le da a *Cristo de espaldas* una rapidez e intensidad dramática realmente notables y así un turbión de todos los males y todas las pasiones: odio, rapacidad, violencia, envidia, ignorancia, injusticia, desprecio, pacatería y brutalidad, emerge a la engañosa tranquilidad de la vida cotidiana de una aldea perdida entre las montañas del trópico. Para ello basta solamente una coincidencia nada de inverosímil: la llegada de un nuevo cura a la aldea y la ocurrencia de un asesinato.

El cura es un joven ingenuo recién salido del Seminario, que —¡Oh ironía!— había pedido que le diesen un curato apacible para entregarse a la meditación a que le inclinaba su temperamento místico. En ese contraste hay que ver, por cierto, un símbolo de los tiempos.

Por otra parte, como todo autor se proyecta fatalmente en los personajes que crea (Madame Bovary soy yo —decía Flaubert), Caballero ha puesto mucho de sí mismo en su cura del trágico villorrio. "Porque este varón fuerte padecía de una tentación que solía perturbar el curso placido y exaltado de su rica vida interior, y era que veía el lado flaco de las personas y el aspecto ridículo de las cosas, y la paradójica contradicción que existe entre las ideas y los hombres que las profesan, y los sentimientos y los

ojos a que se asoman". Así, el ridículo y la ironía suelen temperar, y a veces subrayar, los aspectos trágicos de la novela, y esa facultad de percibir la "contradicción que existe entre las ideas y los hombres que las profesan" es la que le ha dado a Caballero el tema de su obra hecha de contrastes, de esa terrible antinomia de "la dignidad del cristianismo y la indignidad de los cristianos".

Una novela, por realista que sea, puede por cierto no guardar ninguna relación con las circunstancias concretas o determinadas; no tener, en suma, ningún valor como reportaje o documento directo. Lo que una novela necesita fundamentalmente es constituir un mundo, con su atmósfera y sus leyes propias, su lógica interna. Pero ese mundo, para que sea amplia y perdurablemente respirable no puede haber sido construído sin comunicación con el mundo vulgar y concreto; necesita estar, o haber estado, por lo menos, en comunicación con él mediante una sutil osmosis. Esto lleva a plantearse la pregunta de hasta qué o desde qué punto la novela de Caballero es puramente documental. Dicen que en Colombia el revuelo ha sido enorme, y no por el mero valor literario de la obra, que lo merecería, sino por su incidencia en la tensa situación colombiana de hoy. Parece que dicha incidencia es amplia y reveladora y quizá no podría ser de otro modo, dado el extraordinario patetismo de *El Cristo de espaldas*. Eso significa que Colombia puede estar muy cerca de graves sucesos y que en ellos la Iglesia Colombiana estaría expuesta a los mismos peligros que corrió la de España, y por causas muy semejantes. Si el caso, por desgracia, llegara a repetirse, nadie podría decir que no hubo una resonante advertencia.

LA MARCHA DE MOSCOVIA, por *Harold Lamb*.—Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

En las páginas finales de su excelente libro sobre "La Marcha de los Bárbaros", Harold Lamb alcanzó a escribir algunas líneas impresionantes sobre la formación y el desarrollo de la nación rusa y anotó que el imperio zarista, en sus últimos años, había logrado casi reconstituir los dominios de Genghis Khan. De no ser por el contragolpe japonés de 1905 la reconstitución hubiera sido completa. Luego, de la revolución de 1917-18 surgió "el régimen implacable pero racional de Lenín, para ser reemplazado pronto por el stalinismo. Curiosamente, la capital vuel-

ve a ser Moscú, como en el período medieval. Los ojos del Kremlin miran nuevamente hacia Asia. El mismo Stalin es más asiático que europeo. Bajo una ligera superficie de costumbres y frases occidentales, el poder dominante vuelve a ser asiático, como en los días anteriores a Pedro el Grande... Ahora, como después de la muerte de Genghis Khan, Europa Occidental espera saber qué dirección tomará el nuevo imperio y hacia dónde se dirigirá su fuerza". Y terminó con la cita de esta misteriosa profecía que —según dice— aún se repite bajo las tiendas de fieltro de los mogoles: —"Cuando aquello es que es más duro que la roca y más fuerte que el viento de la tormenta llegue a faltar, los imperios de la Costa del Norte y del Sur cesarán de ser. Cuando no exista el Zar Blanco y se haya desvanecido el Hijo del Cielo, volverán a verse las hogueras de Genghis Khan y su imperio se extenderá sobre la tierra".

Esas líneas, escritas en 1939, bien hubieran podido servir de introducción a esta historia de la formación de Rusia desde el siglo XIII hasta mediados del XVII, cuando advino Pedro el Grande. Es la época que vió el crecimiento de una nación muy distinta a las del Occidente de Europa y distinta, a la vez, de las hordas mogólicas que la invadieron y gobernaron durante dos siglos y medio, es decir, casi hasta fines del siglo XV. Cuando los españoles, que habían sido invadidos también y al cabo de siete siglos terminaban de expulsar a los musulmanes de su territorio, descubrían y conquistaban América, los moscovitas bajo Iván el Terrible se volvían hacia el Sur y hacia el Oriente e iniciaban también su expansión. Desde entonces, y salvo altos ocasionales, esa expansión no se ha detenido. Durante siglos ella fué obra de campesinos enamorados de la tierra o de bandas de cosacos aventureros, cuyas cabezas tenían un precio señalado. Pero la terrible invasión "tártara" había marcado a los rusos para siempre. "Se ha dicho con demasiada frecuencia —advierte Lamb— que el "yugo tártaro" mantuvo a los rusos apartados de los pueblos del Occidente de Europa y sometidos a la oscuridad medioeval durante dos siglos. Realmente, el dominio tártaro apenas llegaba a los rusos como individuos, modificando en muy poco su género de vida. Lo que se impuso a los rusos fué el despotismo... Se vieron sometidos a un despotismo férreo y aprendieron a temerlo. Los kanes tártaros obtenían obediencia por medio del miedo; cuanto más miedo inspiraban, más se les obedecía". Y el príncipe de Moscú que le arrebató Kazán a los tártaros y

se convirtió en el fundador de la Rusia moderna —Iván IV, el Terrible— no hizo más que aprovechar con perspicacia aquel instrumento de gobierno que le legaba el pasado. De tal manera, podían decir los embajadores occidentales, hacia el final de su reinado, que “ningún otro príncipe es tan obedecido por sus súbditos. No sabemos si su pueblo lo ha hecho brutal o él ha hecho brutal a su pueblo”. Lo más posible es que, dialécticamente, ambas suposiciones fuesen verdaderas, y que tales pudieron formularse con respecto a los sucesores de Iván.

No son sólo estos hechos los que hacen creer en ciertas constantes históricas. También lo son los de las luchas con los germanos del Oeste para llegar al Báltico, la vieja enemistad con la

civilización católica que florecía en Polonia y la invencible tendencia para avanzar hacia el sur por las riberas del Pacífico hasta los mares libres del hielo. Si hay algo impresionante en la historia rusa es, precisamente, ese carácter como de fatalidad que aparece en el desarrollo de muchos de sus acontecimientos.

Por eso, por su incomparable amenidad (característica común a todos los libros de Lamb), y, sobre todo, por la multitud de datos y antecedentes que arroja para comprender el curso ulterior de la historia rusa, esta nueva obra de Lamb que aparece en nuestro idioma es de un interés apasionante.

ALEJANDRO MAGNET.

OBRAS DEL PADRE ALBERTO HURTADO  
CRUCHAGA S. J.

SINDICALISMO

Historia — Teoría — Práctica

\$ 160.—

EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO  
EN LOS DOCUMENTOS DE LA JERARQUIA  
CATOLICA

\$ 250.—

HUMANISMO SOCIAL

\$ 50.—

PUNTOS DE EDUCACION

\$ 25.—

LIBRERIA DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

Despachos contra-reembolso desde un libro.

## DOCUMENTOS

### LA ELECCION: CONDENACION DE UNA POLITICA

*Discurso pronunciado por el Senador don Radomiro Tomić, en sesión del Senado de la República de Chile, el 9 de Septiembre de 1952.*

Señor Presidente: Es posible que la última elección signifique para el país cambios más profundos que los que trajo la de 1938. Es posible y deseable que así ocurra.

Aunque es demasiado pronto y falta perspectiva para juzgar, la verdad es que no es fácil sustraerse a la magnitud de los resultados del acto electoral. Por mi parte, desco expresar algunos juicios descarados, sin mezquindad ni resentimiento. Creo que, más que nunca, es necesaria la serenidad, pero también la franqueza.

Durante los últimos años el gran denominador común de todos los chilenos ha sido el descontento. El 4 de Septiembre, un Gobierno, una política, un estilo de gobernar, han sido juzgados por el país. Juzgados y condenados en una elección tan limpiamente democrática que es un orgullo aún para los que fuimos vencidos y condenados de un modo tan arrollador que ojalá sirva para que nunca más vuelvan a penetrar en la La Moneda ni ese espíritu ni esos métodos, tan categóricamente repudiados por el pueblo chileno.

¿De qué estaba hartos el país? De una política minúscula, oportunista, sin principios y sin continuidad. Y naturalmente de los efectos corrosivos de todo orden que una política de ese género produce en todos los planos de la vida nacional, especialmente en el plano moral.

En Febrero de este año Su Excelencia el Presidente de la República dijo a algunos diarios que su gobierno "no podía ser criticado por nadie, porque en él habían participado desde comunistas a tradicionalistas".

La Falange Nacional, en un manifiesto electoral publicado también en la prensa en Febrero de este año, recogió esta extraña afirmación. Esta tarde yo me limité a repetir lo que entonces mi Partido dijo. Una política que puede ser servida indistintamente "de comunistas a tradicionalistas", no es una política; es una caricatura. Es la contingencia hecha norma de gobierno. Es el abandono de toda idea general, de todo programa, de todo principio. Vivir de pequeños expedientes y de perniciosos recursos "habilitados".

No es hora de examinar en detalle los fundamentos de estos juicios. La Historia ratificará seguramente el fallo condenatorio del pueblo, en la última elección. En todo caso, los amargos frutos de esa "política" son bien visibles: el debilitamiento de la estructura democrática; la división de tantos partidos sacrificados a cambiantes circunstancias la ruptura de la unidad de los trabajadores; el inútil grave deterioro de nuestras relaciones con los tres países con los cuales Chile tiene fronteras comunes; la incapacidad para defender al pueblo de los estragos de la inflación y la carestía de la vida. La Falange Nacional sirvió durante casi dos años los Ministerios de Educación y Tierras. Abandonó el Gobierno en Febrero de este año, cansada de esperar inútilmente el cumplimiento de los compromisos públicos y solemnes que se habían con-

traído al ingresar. Aceptamos entonces y ahora nuestra cuota de responsabilidades. Hicimos lo que pudimos y no tenemos nada de qué avergonzarnos o de qué arrepentirnos de la eficiente labor de nuestros Ministros. Pero la Constitución entrega el Poder Ejecutivo al Presidente de la República, y no a sus Secretarios, por talentosos o esforzados que éstos sean.

Hace siglos un Rey de Francia definió para siempre el "estilo" de gobierno en que sólo cuentan las circunstancias de cada día y se mira con indiferencia o desdén el porvenir. Era un rey inteligente pero frívolo; ególatra, vanidoso y escéptico. En suma, un alma vulgar bajo un manto real. Se llamaba Luis XV. Y la frase que acuñó, ha corrido a lo largo del tiempo, constituyendo no sólo su propia sentencia, sino definiendo a todos los gobernantes que, diciéndolo o no, han seguido su "escuela" de gobierno: "El Diluvio después de mí". "Después de mí..." eso era todo lo que lo preocupaba. No que hubiese un Diluvio, sino que fuese "después" de él. Fue "después" de él... ¡pero su Patria y los suyos tuvieron un rojo diluvio!

Señor Presidente: esta elección plantea también situaciones de repercusión exterior, y más concretamente, incide sobre los términos de la colaboración entre los Estados Unidos de Norteamérica y los países de la América Latina. Es una materia de tal densidad que no puede tratarse improvisadamente y en forma marginal, pero caben, sin embargo, algunas consideraciones.

He visto esta mañana en "El Mercurio" —y voy a leerlas al H. Senado— la reproducción de opiniones de los más importantes diarios norteamericanos sobre la elección chilena: "The New York Times"; "The Washington Post", "The Evening Star" y otros. Todos ellos presentan los resultados electorales de Chile, como "una amenaza" y avanzan la opinión de que ellos responden "al nacionalismo xenófobo", del mismo género que el que agita a Africa del Norte y al Cercano Oriente.

La verdad es que el mundo atraviesa por una etapa extraordinariamente grave, y que el Continente americano necesita más que nunca antes, enfrentar unido el porvenir próximo, cargado de peligros. Si esta es la realidad, si sólo puede salvarnos la unión sincera y la verdad, uno se pregunta ¿qué se gana con engañarse y con engañar sobre la naturaleza de fenómenos como el que acaba de ocurrir en Chile? ¿Acaso no es preferible juzgarlos como son y penetrar en sus causas verdaderas? Todos los que estamos en este Senado sabemos que *no es verdad* que hayamos sido derrotados "por el nacionalismo xenófobo". La hora es demasiado grave para que ningún recurso sirva, como no sea la Verdad. Los gobernantes y dirigentes norteamericanos deberían formularse una sencilla pregunta: "¿estamos teniendo éxito o estamos fracasando en nuestra política con América Latina"? Y esta sencilla pregunta tienen una sencilla respuesta: ¡están fracasando en su política con la América Latina!



¿Por qué...? ¿Por qué cuando el Comunismo es débil, y acaba de probarlo en Chile? ¿Por qué cuando las economías de los Estados Unidos y de los países latinoamericanos son típicamente, clásicamente economías complementarias, y no competitivas? ¿Por qué cuando, no obstante no existir *identidad* en las bases culturales, morales e históricas que informan el ser de las dos Américas, no cabe duda de la *afinidad profunda* que nace de la común raíz cristiana que anima nuestras culturas; de las instituciones democráticas y republicanas, que nos son comunes; de los imperativos geográficos y de otro orden que deberían conducirnos naturalmente a una amistad sincera y a una solidaridad efectiva y de amplio respaldo popular en uno y otro lado?

Si todo esto es cierto ¿por qué, entonces, está fracasando la política norteamericana en América Latina?

Señor Presidente: el problema es menos oscuro de lo que pudiera parecer y no hay necesidad de este "macho cabrío" del nacionalismo xenófobo" para qué hacerlo cargar con las culpas del pueblo. La verdad es que una real solidaridad panamericana exige tres cosas: 1º una *efectiva comunidad* de intereses entre los Estados Unidos y los pueblos de América Latina; 2º Una *equitativa distribución* de sacrificios y servicios entre los pueblos asociados, en proporción a sus recursos y posibilidades y 3º interés por vincular a esta política a las grandes masas de la población de ambos grupos de naciones.

Si estas tres condiciones se cumplieran en el desarrollo de la política norteamericana en América Latina, ella tendría un éxito aún mucho más impresionante que el que ha tenido en Europa... en donde son estos los principios y los métodos seguidos por Washington.

Si ella está fracasando en América Latina es porque está sacrificando el fondo por la forma; tal vez, por dar a la América Latina "por segura", en el cuadro mundial de la política norteamericana, concentrada casi exclusivamente en Europa y Asia.

La comunidad de intereses, si existe en el orden ideológico y de las ideas generales, ha sido penosamente descuidada en el orden económico. Tal vez sea consecuencia de la insistencia norteamericana en que estos países hagan fe en la eficacia del "libre comercio a base de la libre empresa" y fien a las "leyes naturales de la economía capitalista" el desarrollo de sus riquezas, su progreso técnico y la elevación de su nivel de vida. Y de la curiosa ceguera que les impide examinar objetivamente que las tales "leyes naturales" no han funcionado en un siglo de aplicación a la América Latina, que nuestro retraso técnico nos condena irremisiblemente a la posición subalterna de países vendedores de trabajo barato, representado por materias primeras, enajena a nuestra independencia al control de grandes intereses particulares; y finalmente, es el propio Congreso norteamericano el que interfiere en el "libre comercio" y fija precios a nuestros productos cuando van de alza en el mercado mundial, transformando las "reglas de juego" en reglas unilaterales, que hay que respetar cuando favorecen a la economía norteamericana, y que hay que controlar y regular cuando comienzan a favorecer la economía nuestra. El caso patético del gobierno boliviano derribado literalmente por la negativa a permitirle recibir por el estaño lo que necesitaba para sobrevivir como nación, ilustra dramáticamente la falta de una "efectiva comunidad de intereses". El examen de

la industria del cobre en Chile que tuvo el honor de plantear en 1941, cuando con el entonces diputado don Manuel Garretón pusimos en mano del Presidente Aguirre Cerda el primer proyecto de impuesto extraordinario al cobre, es otro ejemplo revelador que, por las razones que sean, *no es verdad*, simplemente *no es verdad* que estos países puedan esperar del juego automático del libre comercio a base de la libre empresa" su cuota justa de capitales, de progreso y de elevación del nivel de la vida.

La desnuda verdad es que no hay una "efectiva comunidad de intereses", en el orden material y que ella no va a producirse de un modo automático, sino que exige la misma inteligente y dinámica política seguida por Estados Unidos en Europa... a una pequeña fracción del costo en dedicación, en tiempo y en dólares en el caso de América Latina.

Por lo que toca a la equitativa distribución de cargas y de ventajas", es un hecho que Estados Unidos recibe de estas naciones la completa asistencia diplomática en la NU; que ellas, todas ellas, incluso la Argentina, han contraído el compromiso de dar a los Estados Unidos plena asistencia militar por medio del Tratado de Río de Janeiro de 1947; que de ellas recibe la industria norteamericana, el 40 por ciento de las materias primas que consume, o talvez más. Pero es un hecho también que, por razones para mí difíciles de comprender, la América Latina es una ecuación secundaria en el gran cuadro mundial de la política norteamericana. Pesamos y contamos poco —comparativamente a otros pueblos— en la mente de los dirigentes norteamericanos. Cuando uno analiza los criterios y los métodos y la resolución con que han proyectado y llevado a cabo su política en Europa o Asia, percibe la magnitud de la diferencia. El principio animador genial de la integración europea occidental en unidades más vastas que las pequeñas unidades nacionales que es el alma del plan Marshall, del Benelux y del Plan Schumann, podría aplicarse también en América Latina con resultados aún más revolucionarios, aun más estremecedores para la conciencia y la imaginación de estos pueblos... a una pequeña fracción del costo o dedicación, en tiempo y en dólares. ¡Pero nada, absolutamente nada, del prodigioso dinamismo de esa política, se ha ofrecido o intentado en América Latina! Yo digo, señores Senadores, ¿qué súbita ampliación del horizonte, qué profundidad en las perspectivas históricas, no abriría, por ejemplo, una política de integración, de las economías de Chile, Bolivia y Argentina? ¿Acaso no son básicamente complementarias? ¿Acaso este amargor "sin prisa, pero sin pausa", de una "Federación de los Andes" en el cono sur del continente, no implicaría una tarea histórica digna de esta hora de la Humanidad y ejemplarmente revolucionaria en la superación de los problemas que están destruyendo la confianza de estos pueblos en la eficacia de los regímenes democráticos, ahogados como están por las limitaciones que pesan sobre sus pequeñas economías nacionales, insuficientes para dar a la población lo que reclaman cada vez con más urgencia?

Que sonrían los que quieran. Pero en esta hora no hay sitio para la rutina, el "conservantismo" mental, ni la cobardía. Mil años de Historia están haciéndose retroceder en Europa cuando se fuerza la aplicación de los principios integradores del plan Marshall. Y el Plan Schumann reúne a seis países europeos y crea la llamada "Alta Autoridad", para controlar por encima de gobiernos y soberanías nacionales, la produc-

ción de carbón, de hierro y de acero más grande del mundo, después de los Estados Unidos. Ellos pueden... ¿por qué nosotros no?....

Sea como fuere, dejando de mano proyectos de esta magnitud, es un hecho que la equitativa distribución de sacrificios y beneficios no existe todavía en la comunidad panamericana. El Mariscal Tito dijo al pueblo yugoeslavo el 1º de Mayo de este año, que Yugoslavia ha recibido mil millones de dólares de ayuda norteamericana, en 3 años, de 1948 a 1951. Pues bien, toda la ayuda recibida por los 20 países de la América Latina, con 140 millones de habitantes, ligados como están económica y políticamente a los Estados Unidos, no alcanza a 500 millones de dólares en 12 años. Y Yugoslavia tiene 16 millones de habitantes, se ha negado terminantemente a firmar el pacto del Atlántico, y apenas si compra o vende a Estados Unidos una fracción infinitesimal del comercio de éste con América Latina.

No pretendo hacer comparaciones simplistas. Los problemas son distintos... pero no tan distintos. Las realidades son diferentes... pero no tan diferentes. Los motivos de la ayuda pueden ser diversos... pero no tan diversos. La diferencia de grado en la política norteamericana en sus aplicaciones a Europa o Asia, y en sus aplicaciones a América Latina es tan grande, que ya no es sólo una diferencia de grado, sino que está alcanzando la categoría de diferencia de naturaleza... cosa que estoy seguro no está en la mente ni es la intención de los dirigentes norteamericanos.

Finalmente, dije, señor Presidente, que la política de solidaridad continental para ser verdadera y vital, requería un tercer elemento. El apoyo de vastas masas de opinión, allá y acá. También esto ha faltado en mucha parte. La verdad es que la política en América Latina se ha limitado en gran medida a tratar

con pequeños círculos de gobernantes, a veces con meros dictadores y su estrecha camarilla, como renunciando de antemano a ser comprendida y aceptada por vastos sectores de la población de estos países. Es un error. La colaboración con Estados Unidos puede ser aquí más popular que en la propia Europa. Hay menos orgullo en el hombre latinoamericano; no hay la suficiencia que mueve al hombre europeo a mirar al hombre norteamericano como un "bárbaro" sin cultura ni tradición; hay una más sencilla admiración por sus películas, sus maquinarias, sus progresos científicos y técnicos sus métodos directos de vida, lenguaje y trabajo. No es verdad que el destino de los Estados Unidos sea ser envidiado con mezquindad, recibido con ingratitud, odiado por los pueblos extranjeros. Con visión, con audacia, y con relativo poco costo, en dedicación, en tiempo y en dólares, los Estados Unidos podrían modificar radicalmente sus nexos con la América Latina y representar mucho más las aspiraciones de los hombres y mujeres modestos de estos países, y no los intereses estrechos de pequeños círculos de gobernantes o adinerados, que suelen ser sus únicos intérpretes y sus vías habituales de contacto.

Todo lo que quiero expresar, en resumen, señores Senadores, es que de nada sirve que los diarios norteamericanos culpen al "nacionalismo xenófobo" de hechos que nada tienen que ver con eso, y que en esta hora dramática para el Occidente cristiano, y para la América en conjunto, es indispensable encontrar la ecuación adecuada que permita una política de efectiva comunidad de intereses; de equitativa distribución de sacrificios y de ventajas, y de claro respaldo popular en las relaciones de Estados Unidos con América Latina para establecer así una sincera y verdadera solidaridad continental.

## GEOGRAFIA ELECTORAL DE CHILE

Por RICARDO CRUZ-COKE

Las circunstancias confieren insuperable actualidad a este libro único en nuestra literatura política. De manera objetiva y científica se establecen aquí sorprendentes correlaciones entre las características de cada zona del país y la distribución de las fuerzas políticas a lo largo de las elecciones habidas en los últimos 15 años. Con numerosos cuadros y mapas estadísticos. Precio: \$ 150.—.

**LIBRERIA DEL PACIFICO**

AHUMADA 57 - TELEFONO 89166 - CASILLA 3126 - S A N T I A G O

*Despachos contra reembolso desde un libro.*



*"Yo prefiero confecciones Vestex"*

*100.000*



**EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.**

[www.archivopatricioaylwin.cl](http://www.archivopatricioaylwin.cl)

**EJEMPLAR \$ 15.00**

**15 DE SEPTIEMBRE 1952**

**Printed in Chile**

**Talleres Editorial Del Pacifico S. A.**